



Rosa del Mar

*Amylynn
Bright*

Rosa del Mar

Amylynn Bright

Traducido por Ana Cecilia Castaño

“Rosa del Mar”

Escrito por Amylynn Bright

Copyright © 2018 Amylynn Bright

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Ana Cecilia Castaño

Diseño de portada © 2018 Jaycee DeLorenzo

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[Rosa del Mar](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

Para mi Abuelo

Quien me enseñó cómo contar historias y es, posiblemente, el mejor cuentacuentos que he conocido alguna vez, incluso si sé que el noventa por ciento son tonterías. Te amo.
Y extrañamente, para Tommy Lee Jones, quien actuó en una de mis películas favorita de piratas.

Capítulo 1

25 de julio de 1718

Otra enorme ola se estrelló contra el barco, lanzando a Rosalía contra el lado opuesto de la estrecha cabina. El capitán había ordenado apagar las lámparas el minuto en que las olas se hicieron robustas y la lluvia comenzó a golpear las ventanas con fuerza. Ahora, en la noche oscura como alquitrán, todo lo que no había estado empujado o atado estaba volando por la habitación. Rosalía incluida.

La popa del barco se incrustó en otra ola. Su camastro se deslizó por sobre las planchas del piso y se estrelló contra su espalda, sacándole el aire de los pulmones. Su doncella, que la había acompañado en este viaje, había desaparecido en su propia habitación al principio de la tormenta, queriendo marearse en privado. Antes de que la tormenta se hiciera en verdad feroz, el capitán del barco mercante británico había ido a su camarote varias veces preguntando por su bienestar. Aunque no lo había visto ya en varias horas, podía oírlo débilmente junto con el resto de la tripulación, gritándose órdenes entre ellos por sobre el rugido del viento y el mar.

Rosalía se levantó con dificultad, esforzándose desesperadamente por alcanzar la cama antes de que otra ola golpeará. Si podía arreglárselas para quedarse sobre ella, quizás los objetos girando sin control en el suelo no la golpearían tanto. Se apretó el estómago y gimió. *Si tan solo las cosas se quedaran quietas por un minuto...*

Se estiró hacia el colchón, pero fue derribada por un violento golpe en estribor y se golpeó la cabeza contra el mamparo más lejano. Esta vez el barco no se estabilizó inmediatamente, y ella quedó aturdida, desplomada a medias sobre la pared. Extendió el brazo y sintió sus manos humedecerse con la sangre que emanaba de su sien sensible y de su mejilla. Rosalía presionó su mano contra la herida e hizo una mueca.

La puerta del camarote se abrió de golpe. Se sintió confundida cuando la puerta pareció abrirse desde el suelo. Desde aquel extraño ángulo, el capitán volteó la cabeza, mirando en la oscuridad, buscándola. Rosalía no acababa de entender su mundo al revés.

—¡Señorita Weldon! —gritó el capitán, entrando en la habitación—. Rosalía, ¿está aquí?

—Uhm —gruñó—. Por aquí. —Intentó enderezarse, pero la inclinación del cuarto y la herida en su cabeza la mareaban.

—Necesita levantarse y venir conmigo ya. —El capitán atravesó con dificultad el cuarto inclinado y la agarró del brazo. Unos dedos curtidos se clavaron en su carne cuando tiró de ella para levantarla.

—¡Au! —se quejó mientras la arrastraba hacia la puerta—. ¿Qué pasó? ¿Está el barco volcado?

—No exactamente.

Los dos llegaron al umbral y pasaron al pasillo que llevaba a cubierta. Se dio cuenta con un horror cada vez creciente de que andaba en agua que le llegaba a la mitad de las pantorrillas.

—¿Se está hundiendo? —Intentó controlar el terror que estaba echando raíces. Hasta ese punto, había hecho un buen trabajo. Incluso mientras estaba siendo lanzada por la habitación con el viento aullando, se las había arreglado para mantener un semblante en calma.

El capitán no le respondió, ya fuera que no la había escuchado o que estaba demasiado concentrado en dirigirla hacia la cubierta; no lo sabía. La tripulación se tambaleaba en la cubierta, bajando esquifes y botes de remos, sus rostros estaban marcados con temor y una determinación

aterrorizada. Ella estaba acostumbrada a la bien organizada actividad en cubierta donde los ya experimentados navegantes se movían con confianza, pero esta noche se tropezaban ya al borde del caos. Su miedo solo sirvió para aterrorizarla más.

Jaló del brazo del capitán hasta que él se dio la vuelta.

—El barco se está hundiendo, ¿no es cierto?! —gritó por sobre el viento—. Oh, mi Dios. Nos estamos hundiendo.

Rosalía ahora estaba completamente histérica. La sangre corriendo por su rostro y cuello, que antes había causado tanta consternación, ahora ya había sido casi olvidada, reemplazada por la premonición del hundimiento del grandioso barco británico y su cuerpo flotando sin vida, navegando para siempre sobre las olas incesantes.

—No sé nadar, Capitán. Oh, mi Dios, no sé nadar. —Su voz era un agudo grito mientras clavaba las uñas en la mano del capitán para liberarse de su poderoso agarre. Estaba desesperada por alejarse de él y volver a la imaginaria seguridad de su camarote. Incluso un camarote al revés era mejor que un bote de remos en su mente histérica.

—Suba al bote. Si sube al bote, no tendrá que nadar.

—No —chilló—. Ese bote es muy pequeño. —Clavó los talones y se acuclilló para hacerle más difícil al capitán arrastrarla hacia lo que ella sabía en su corazón que sería una muerte segura.

En una obvia demostración de su miedo y su deseo de llevarla al otro lado de la cubierta, al bote salvavidas, le dio una bofetada —con fuerza— en la cara.

Rosalía inhaló con fuerza, pero dejó de pelear. Con los ojos abiertos por el horror, permitió al hombre llevarla al bote. En un desesperado intento de tomar control del caos, la lanzó al bote y se apresuró en la dirección opuesta.

—Vamos, señorita. —Un marinero canoso la tomó de la mano y le limpió la sangre en su rostro con un trapo. Hablaba con un fuerte acento que le dificultaba entenderle mientras gritaba por sobre el viento—. El esquife es el mejor lugar *pa' usted*, si esta cosa vieja se hunde, la queremos a *usted* a salvo *juera* del agua. —Con una sorpréndete caballerosidad y solicitud, la ayudó a subir al bote. Rosalía agarró las manos del hombre, no queriendo soltarse. Miró desesperada alrededor, a los hombres corriendo, e intentó localizar a su doncella, pero no estaba en ninguna parte. El viento lanzaba el cabello contra su cara, pegándole con sangre los largos mechones en sus mejillas y en su frente, haciéndole casi imposible ver algo.

Un ensordecedor *crack* seguido de varios golpes fuertes y el enorme barco gimió bajo el peso mientras más agua inundaba la cubierta. Rosalía estaba empapada de pies a cabezas con agua fría y salada. Su grito no se oyó por sobre el rugido del mar y el chasquido de la madera rompiéndose mientras el barco se deshacía. La cubierta se inclinó severamente y, para su horror, muchos hombres perdieron su agarre en las pasarelas y cayeron al feroz mar. Ella se sujetó a su viejo marinero, aterrorizada de que él pudiera caer igual en el agua espumosa y la abandonara a un destino espantoso.

Rosalía solo podía preguntarse, mientras su pánico se acrecentaba, dónde estaba su doncella perdida. Era claro ahora que este imponente barco mercante se estaba hundiendo y su única esperanza era quedarse en el pequeño bote de remos y orar.

El tiempo se estaba acabando. Otra enorme ola o dos y el barco en pedazos se hundiría en el agua y ya no volvería a emerger. El viejo marinero cortó las sogas que sujetaban al bote a la cubierta. El esquife se deslizó y la enorme ola que había profetizado apareció y levantó al esquife, volcándolo sobre su lateral.

Por un terrible instante, Rosalía pensó que el marinero se caería, pero ella sujetó su camisa y tiró de él sobre cubierta justo antes de que el pequeño velero se estrellara de lado contra el

océano ondulante. Su pequeño navío fue alejado del barco hundiéndose casi inmediatamente, lanzado de un lado a otro por el agua. Cada vez que el esquife subía a una ola, miraban con desesperación, buscando algún indicio del barco mercante o de otros sobrevivientes, pero no vieron ninguno. Eventualmente, incluso los restos del barco dejaron de verse.

Rosalía se sentó en el banco en la popa del bote y miró, en la noche sin luna, buscando signos de sobrevivientes. Gritó nombres en la horrible oscuridad hasta quedarse sin voz, su garganta demasiado adolorida para mantener la vigilia. El marinero operaba los remos y lo dirigía entre las olas, haciendo lo mejor que podía para mantenerlos verticales.

Se dio cuenta de que ni siquiera sabía su nombre. Horas después, mientras el sol se elevaba en el mar en calma, Rosalía yacía enroscada en la parte trasera del bote. Su vestido estaba pesado por el agua y arruinado por la sal. Su cabello estaba enredado y suelto por sobre su espalda. El mar había lavado la sangre de su cara y de su cabello. La sal picaba en las cortadas y abrasiones, hasta que estuvo demasiado aturdida para sentirlo. Su marinero yacía echado sobre su costado, viéndose tan cansado y aturdido por los sucesos como ella. Cuando el sol se elevó, una gigante bola de fuego emergiendo del horizonte, Rosalía reconoció que era el más hermoso amanecer que había visto alguna vez.

Estaba viva.

Cierto, estaba a la deriva en un pequeño bote en el gran Océano Atlántico con un extraño sin nombre que le había salvado la vida, pero aun así, estaba viva.

Ese pensamiento acarreó una pequeña sonrisa a sus labios mientras finalmente caía en un sueño agotado.

Capítulo 2

26 de julio de 1718

El hombre se estiró en su camarote, desnudo de la cintura para arriba; sus dedos se entrelazaron por detrás de su cabeza. Su cabello negro azabache se enroscaba sobre su frente y se ondeaba con la brisa mientras yacía allí con los ojos cerrados, tomando el sol. La tripulación se paseaba por la cubierta. Habían completado el trabajo requerido para reparar la nave luego de la horrenda tormenta que había acaecido la noche anterior. Era tradición en el barco permitir un día de descanso y celebración luego de sobrevivir a una tormenta de tal magnitud.

—Capitán.

El hombre relajado mantuvo los ojos cerrados y deseó que la voz se alejara. No era muy seguido que se permitía la oportunidad de no hacer absolutamente nada. Un barco de ese tamaño, con una tripulación de ciento cincuenta hombres, mantenía a un capitán ocupado.

—Capitán. —La voz fue más insistente esta vez.

Estiró las largas piernas, flexionó los dedos de los pies y volvió a cruzar los tobillos.

—¿Sí, Sr. Blake? —No se sentó. Ni siquiera sonó muy interesado.

—Hay un bote a estribor, Capitán —le informó el contraataca.

Su nivel de interés se elevó un poco.

—¿Con qué bandera?

—Sin bandera. —La voz del hombre más viejo se trabó ligeramente por el ron que ya había consumido ese día.

El capitán abrió un ojo y miró a su contraataca.

—¿Sin bandera? ¿Qué tipo de barco?

—No un barco, un bote. Un pequeño bote a remos.

Esa información fue suficientemente interesante para que el capitán abriera ambos ojos y se sentara.

—¿Hay alguien en él?

—Difícil de ver. Davy lo vio de la cofa.

—¿Tiene el catalejo?

El capitán se levantó, su altura alcanzaba poco más del metro ochenta y cinco. El contraataca le pasó un largo catalejo. Los dos hombres se pararon junto al barandal de estribor y miraron hacia la vasta extensión del mar. Luego de un segundo de revisar el agua, el capitán localizó el bote a remos. Era un velero pequeño, del tamaño de los botes salvavidas, meciéndose en el mar relativamente calmo. Mantuvo el catalejo en él, y aunque no podía ver a nadie, algo que podría haber sido tela se ondeaba.

—Muy bien, vamos a buscarlo. —El capitán le tendió el aparato al Sr. Blake, quien bajó apresurado los escalones de madera gritando órdenes de izar velas y así.

La curiosidad había agarrado al capitán. No era difícil; el aburrimiento era una consecuencia de la vida en el mar, contrarrestado solo por breves momentos de emocionantes batallas e infernales tormentas. Ciertamente, la vida de un marinero era de completa libertad y aventura, pero siendo el capitán de este barco en particular, era también una vida de riqueza y ventajas.

El enorme barco de tres mástiles, Venganza de Neptuno, cortó las olas y viró a estribor hacia el diminuto bote que se mecía en la distancia. El Guapo Jack, el infame capitán pirata, estiró los

brazos lánguidamente por sobre su cabeza. Hizo girar el cuello y arqueó la espalda para completar el estiramiento.

El barco había estado a la mar por tres meses en un viaje de vuelta desde Nassau, el puerto en el paraíso pirata de Nueva Providencia. La travesía había sido increíblemente exitosa. Los almacenes originalmente de comida habían disminuido, el precioso espacio vacante había sido ocupado por un botín de monedas de oro capturadas, joyería y otras riquezas de barcos mercantes y de pasajeros que el pirata y su tripulación abordaban y conquistaban. Extrañamente, el botín que más había emocionado al pirata era un barril de frescas manzanas verdes que le habían quitado a un galeón español apenas unos días atrás.

Dio una mordida a una de esas manzanas mientras la nave se acercaba al pequeño bote. Dos personas estaban a bordo, pero ninguna respondió a los gritos y llamados que se les hizo desde las pasarelas del Venganza de Neptuno. A la señal del capitán, uno de los marineros más jóvenes saltó de un lateral del barco. Hizo un perfecto clavado y emergió al lado del bote a remos.

—Es una señorita y una vieja foca de mar —gritó el joven al capitán.

—¿Están vivos? —le gritó de vuelta.

El muchacho movió el bote un poco. El viejo movió el brazo y la señorita gimió.

—¡Sí! Están en mal estado, pero viven.

—Bien. Entonces, súbanlos.

El capitán ordenó que bajaran una canasta. Se levantó a ambos ocupantes, uno a la vez. Finalmente, se levantó el bote y se lo aseguró a un lado del barco. Jack caminó entre la multitud embobada de marineros. Echados sobre la cubierta estaban exactamente las personas que el chico había reportado. Un viejo con una barba curtida y sin dientes, con pantalones rasgados y el dobladillo de la camisa deshilachado, yacía inconsciente en la cubierta de teca.

Pero no era el viejo lo que admiraba la tripulación. Jack dirigió su atención a la mujer. Podía ver un poco de su belleza incluso luego de haber pasado tiempo a la deriva en un bote de remos en el océano. Su rostro era joven y estimaba que no pasaba los diecinueve años. Sus labios rellenos y bien formados estaban agrietados por el sol y la deshidratación; su cabello, aunque apelmazado por el viento y el agua salada, era color azabache y largo. No podía decirse mucho de su figura, bajo las pilas y pilas de seda y enaguas, pero su corsé marcaba una pequeña cintura y sus pechos lucían prometedores.

—Lleven al hombre abajo y consíganle algo de agua —ordenó el capitán. Se arrodilló y recogió a la chica, su peso aumentado enormemente por el vestido empapado. Sin él, probablemente pesara solo cuarenta y cinco o cincuenta kilos. Una vez que el pensamiento le entró, encontró difícil no imaginarla sin el vestido. Obviamente, este había sido un viaje más largo del que había creído si una mujer-niña empapada podía excitarlo.

El conremaestre miró al capitán entretenido.

—¿Puedo asumir que cuidará de la señorita usted mismo, Jack? —Arqueó las cejas de forma sugestiva.

—Gracias por tu preocupación. Con certeza no puedo dejarla con ustedes, viejas focas.

—Claro que puede, Capitán —le aseguró Blake con su mejor acento inglés—. Somos unos caballeros decentes de sociedad, ¿no sabe *usté*?

Jack lanzó una sonrisa y respondió a la broma de su oficial con otra igual.

—Solo voy a llevarla a mi camarote.

—Apuesto que sí —rugió Blake con una risa genuina. El conremaestre giró para supervisar el transporte del otro sobreviviente a la cubierta de abajo.

El grumete de Jack estaba en su cuarto cuando abrió la puerta de una patada. El cuarto, limpio y pulcro, era espacioso y bien amoblado. Colocó a la joven en una enorme cama hecha con una colcha de satín y unas limpiísimas sábanas de seda blanca sobre una cama de plumas y edredones acolchados.

—Trae un balde de agua fresca y unas cuantas manzanas más —le dijo a su grumete—. Cuando despierte, querrá darse un baño caliente así que trae la tina también.

—Sí, Capitán. —El chico le hizo un saludo rápido y salió apresurado de la habitación.

Jack admiró a la mujer que estaba sobre su cama. Una vista bienvenida, con seguridad, pero era claramente una dama y no una cualquiera de algún puerto cercano.

Miró alrededor del camarote, decidiendo qué debía hacer, y luego de vuelta a la chica. Mujer, se corrigió, mirando su cuerpo de nuevo y añadiendo mentalmente otro año o dos al estimado que había hecho anteriormente. Se inclinó sobre ella para evaluar el daño. Había una herida en su cabeza que necesitaría atención. Su frente estaba golpeada, pero la sal había limpiado la herida abierta y el sangrado se había detenido, así que no creyó que fuera a necesitar puntos. El vestido iba a tener que irse. Estaba arruinado y húmedo y eventualmente, por propia experiencia, sabía que la sal le picaría.

La volteó sobre su costado y comenzó con los botones en su espalda. Había muchos y eran muy pequeños. Luego de pelear con seis de ellos, soltó una maldición y simplemente los arrancó, rompiendo el vestido a lo largo de la espalda.

El sonido y la sensación súbita de ser movida bruscamente la trajo de la inconsciencia y la joven mujer gritó.

Capítulo 3

—No me toque —gritó Rosalía y saltó de la cama. Con la integridad de su vestido comprometida por completo, este cayó por delante cuando nada lo sostuvo por detrás. Se aferró al tejido sobre sus pechos, intentando mantenerlo en su lugar y proteger su modestia.

—No voy a tocarla. —Cuando el hombre se levantó de su posición de rodillas en el suelo y dio un paso en su dirección, ella gritó de nuevo y corrió al único refugio que pudo encontrar. Se detuvo detrás de un enorme escritorio de cerezo esperando que la solidez de la madera le proveyera algo de protección contra el gigante semi desnudo que avanzaba hacia ella.

—No se acerque más —le advirtió y agarró un abrecartas sobre el escritorio y lo blandió con su mano libre.

El hombre rió.

—Oh, cariño, eres adorable, parada ahí toda valiente y temblorosa, apretando tu vestido y apuntándome con esa ridícula daga.

—¿Quién es usted?

—Mi señora. —Hizo una reverencia exagerada—. El Guapo Jack y el Venganza de Neptuno a su servicio.

—¡Oh, por Dios! —Se hundió en la silla del escritorio. Cualquier esperanza que tuviera de encontrar a Rupert era ahora una esperanza perdida. El picor de las lágrimas se acumuló detrás de sus ojos. Esto era demasiado. Primero, había tenido que lidiar con la muerte de su padre, luego el hundimiento del barco, y ahora piratas. ¿Qué le había hecho a Dios para que la castigara de esta manera?

—Vamos, ya. —Él se acercó a la mesa, le quitó la pequeña daga de la mano y la guardó en un cajón—. No es tan malo como parece. Ha sido rescatada, sabe.

—Solo para que me mantengan cautiva en un barco pirata.

—¿Quién dijo que es una prisionera? —preguntó él, su voz dulce como miel.

Rosalía se dio cuenta de lo cerca que estaba de ella y saltó de la silla, rodeó de nuevo y se detuvo en el lado opuesto del enorme bloque de madera de cerezo.

—No es una prisionera —le reiteró.

—¿Ah, entonces me está diciendo que me dejaría bajar de este barco en este mismo instante? —Ella lo creía poco probable, pero podía existir la posibilidad.

Esta vez la risa fue más fuerte y robusta que la anterior. Sus ojos vibraban con la risa y no pudo evitar notar que la sonrisa que los acompañaba era devastadora en contraste con su rostro bronceado.

—Por supuesto. —Sacudió el brazo en un gesto de invitación—. Es libre de irse. De hecho, la escoltaré yo mismo.

—No. —Avanzó de lado hacia la puerta, lista para correr ante el primer movimiento amenazante que hiciera—. No necesito ayuda.

Su sonrisa no disminuyó y no se burló de ella de ninguna manera. De hecho, lo estaba disfrutando. Estaba intrigado por su osadía. Generalmente, cualquier prisionero, hombre o mujer por igual, o gritaba histéricamente o rogaba con súplicas tímidas cuando se enfrentaban a la enormidad de ser capturado por el Guapo Jack y la tripulación del Venganza de Neptuno. Esta chica era diferente. Obviamente tenía miedo —sería tonta si no lo tuviera—, pero tenía unas agallas que le despertaban interés.

Y era exquisita de mirar. Incluso sucia y maltratada por la tormenta, podía ver que era hermosa. Sus ojos de un marrón oscuro brillaban con furia y miedo, y sus rellenos labios se apretaban con frustración. Estaba parada cerca de la puerta, sus pequeños pies espiaban por debajo de su vestido rasgado, preparada para correr por su libertad.

Él extendió ambas manos frente a él, con las palmas abiertas, mostrándole que no tenía armas. Rodeó el escritorio mientras ella se alejaba más.

—Si en verdad soy libre de irme, entonces puedo hacerlo yo sola. —Su voz vaciló solo un poco, pero podía oír el miedo que intentaba con fuerzas enmascarar con su fachada.

—Es cierto. —Jack intentó reacomodar su expresión para que fuera más seria, pero falló miserablemente—. Solo estoy yendo para ayudarla con la dirección.

Se apoyó contra la puerta cuando esta chocó con su espalda. Sin girar, hurgó la perilla, se las arregló para abrirla, pero entonces se tropezó con el borde del suelo. Jack se adelantó, intentando atraparla antes de que cayera, pero ella recompuso su equilibrio y se agarró al marco de la puerta con su mano libre. Gritó de nuevo cuando él se acercó, así que se detuvo abruptamente y levantó las manos de nuevo para decirle que no intentaba nada malo. Elle le hacía recuerdo a un gatito arisco, y no pudo aguantar lanzarle otra enorme sonrisa.

—Por el pasillo a la derecha —le indicó, levantando las cejas y con un ladeo de la cabeza.

—¿De verdad va a dejarme ir?

—Es libre de dejar este barco en este mismo instante si eso es lo que quiere —le aseguró de nuevo.

Ella soltó el marco de la puerta y rompió a correr por el pasillo en la dirección que le había indicado. Jack la siguió con paso lento, sabiendo que no llegaría a ningún lado.

Ella estaba agarrada al barandal de cubierta, mirando hacia los kilómetros y kilómetros de océano en calma, cuando él salió de la pasarela y caminó hasta quedar detrás de ella. Ella giró y se alejó de él, y corrió hacia babor. De nuevo, todo lo que pudo ver era océano. Se dio la vuelta y miró con furia al pirata detrás de ella.

—No hay tierra. —Se oía molesta.

Él le sonrió, petulante.

—Dijo que podía irme. —Apuntó a la extensión de agua—. Dijo que podía irme.

—Sí, puede irse. —Asintió y le sonrió con el rostro tan inocente como el de un ángel.

—No, no puedo, oh, usted... usted... ¡bastardo! —Estampó la mano sobre su boca con sorpresa. Su padre estaría decepcionado. Y ni siquiera quería pensar en Rupert. Su comprometido no estaría contento. Probaría lo que siempre habían dicho de ella.

—No exactamente, cariño. —Se inclinó contra el barandal a su lado—. Aunque deseo lo contrario con frecuencia, sí tengo un padre.

—Pero usted dijo... —Las lágrimas inundaron sus ojos de nuevo. Las pestañas le pesaban enormemente con las lágrimas retenidas.

—¿De qué me está acusando? —Jack sonrió condescendiente—. En verdad es libre de irse.

Ella lo miró. Su boca estaba abierta con asombro.

—O... —Él se acercó y ella se encogió. Él movió su mano lentamente, pero continuó y levantó su vestido destrozado para cubrir su seno. Ella no se había dado cuenta de que el tejido se estaba resbalando.

—O —repitió—, puede volver a mi camarote donde podrá atender sus heridas, darse un baño caliente, lavar la sal de su piel, peinar su cabello y dormir en una cama cómoda. —Su voz prácticamente ronroneaba, pero no se iba a dejar engañar. Rosalía miró con furia al procaz pirata.

—No volveré a su camarote. Debe estar demente. —Rosalía era la hija de un ministro y la prometida de un ministro. No podía quedarse en su camarote, y ciertamente no era una de sus concubinas. Ella había oído del Guapo Jack y su reputación. Era bien conocido lo que hacía la tripulación del Venganza de Neptuno con las mujeres que capturaban.

—Bien, entonces. —Dio un paso hacia ella. El espacio se encogió, pero resistió la tentación de retroceder y valientemente se quedó en su lugar—. No tiene que venir conmigo necesariamente. Estoy seguro de que los hombres la llevarían abajo felizmente.

Se alejó del barandal y ella tuvo una clara vista de los marineros en la cubierta principal mirándola lascivamente. Mientras que Jack la asustaba, esos hombres la aterrorizaban. Cuando uno de ellos hizo lo que solo podría ser considerado como un gesto obsceno, ella saltó y giró hacia Jack

Él extendió su mano.

—Sin juegos. Estará a salvo conmigo. Venga y dese un baño y hablaremos.

Rosalía dudó por un segundo, y luego con toda la dignidad que pudo reunir, acomodó los restos de su vestido destrozado y avanzó, pasando de largo al pirata, ignorando la mano extendida, y volvió por la pasarela a su camarote.

Lo oyó reír detrás de ella y eso solo la enfureció más.

Capítulo 4

Ella lo miró, su expresión recelosa, completamente preparada para saltar y huir si él hacía un movimiento que a ella le desagradara. Huir a *dónde*, no tenía idea. El barco pirata estaba claramente en medio del océano, y la única opción aparte era buscar refugio con los marineros, la cual no era realmente una opción. Así que se sentó en la cama, lista para correr, y miró al gigante, sospechosamente aún semi desnudo, mientras este supervisaba el llenado de la tina.

Era difícil no mirarlo, y bastante pronto abandonó cualquier intención de disimularlo. Lo odiaba, eso era cierto, pero su cuerpo era simplemente demasiado divino para no apreciarlo. El hombre era muy alto, muy robusto y muy bronceado. Su cabello, negro como la noche, se rizaba en los extremos, y llevaba una bufanda atada en la cabeza para evitar que los largos mechones cayeran sobre su frente. Ella no tenía mucha experiencia en lo que se refiere al físico masculino, de hecho, no tenía ninguna. Ni siquiera de libros de arte, a menos que los espiera en la casa de alguien. Su padre consideraba incluso la escultura clásica como pecado. Sin embargo, ella sabía lo que le gustaba. Había algún tipo de conocimiento primitivo muy en lo profundo de ella que le decía que él era un fino espécimen. El Guapo Jack; si alguna vez existiera el nombre perfecto para alguien, este lo era.

Sus hombros eran amplios y cuadrados, y ella admiraba el movimiento de los músculos en su espalda mientras ayudaba a vaciar los baldes de agua en la tina. Completamente intrigada por una línea de piel que aparecía justo debajo de la cinturilla de sus pantalones cuando se estiraba, apartó la mirada antes de que se avergonzara más. Pero lo más fascinante de todo era que aquella área por debajo de la cinturilla se veía apenas menos bronceada que el resto de su torso. Enrojeció ante la implicación de lo que significaba una parte trasera así de bronceada. Y qué parte trasera era, también. Todo en este hombre era musculoso y fuerte.

Sin decir una palabra, hizo señas hacia la puerta. El grumete se fue con los baldes vacíos.

Estaba sola con él de nuevo.

—¿Cuál es su nombre, corazón? —preguntó.

—Soy la Señorita Weldon. —Podía no ser de la nobleza, pero era una mujer bien criada, y por tanto usó su tono más altanero—. Pronto Sra. Rupert Merickel.

—Oh, entonces coquetearé sin resultados con una mujer casi casada. —Colocó una mano contra su corazón desnudo, fingiendo dolor—. Estoy seguro de que mi corazón se romperá.

No respondió, simplemente continuó mirándolo, su expresión desconcertada por sus intentos de ganársela.

Él señaló la tina soltando vapor.

—Suba mientras está caliente.

—Ciertamente no lo haré. No mientras usted esté en la habitación.

Él rió de nuevo. Era bastante molesto cuando hacía eso. Peor aún, estaba comenzando a gustarle un poco, contrariamente a sí misma.

—¿Puedo al menos ayudarla con su vestido ya que no hay doncella que la asista?

Era pura cordialidad y genialidad.

Su corazón dolió ante el recuerdo de su doncella perdida. Sally había sido una chica muy querida, no solo una doncella útil, sino también una buena acompañante.

—Creo que me ha ayudado lo suficiente con mi vestido, muchas gracias.

Eso provocó otra risa sexi.

—Bien, la dejaré entonces. —Abrió un enorme armario en la esquina y sacó una camisa—. Volveré en un rato para ver si necesita ayuda para lavarse la espalda.

—¡Fuera! —chilló, apuntando a la puerta. Justo como había esperado en secreto, fue recompensada con una risita. *En serio, debo detener eso*; era una mujer comprometida, después de todo. Pensó a propósito en Rupert con su camisa blanca almidonada y su cuello de clérigo. Estaba bastante segura de que Rupert no tenía una línea de bronceado en ninguna parte de su cuerpo.

Jack se quedó afuera del camarote y contempló a la adorable señorita Weldon quitándose la ropa, incluso ahora mientras estaba al otro lado de la puerta. Se había dado cuenta de que ella lo miraba mientras supervisaba el llenado de la bañera. Había apartado rápidamente la mirada, pero no lo engañaba.

Un punto para el pirata. Mentalmente marcó su tarjeta de anotación. Jack sabía que tendría que tomar su tiempo con esta; se espantaría fácilmente.

Escuchó fuera de la puerta solo un segundo antes de oír el más débil chapoteo de agua chocar contra el piso y su largo y contento suspiro cuando se hundió en lo caliente. Él sonrió de nuevo y se alejó de su camarote.

Apenas una media hora después, ella oyó un golpeteo apresurado en la puerta y antes de que pudiera denegar la entrada, la puerta se abrió y su pirata entró. *¿Cuándo se convirtió en mi pirata?*

—Aún no estoy vestida. Ni siquiera he salido de la tina —chilló, e intentó desesperadamente cubrirse con las manos.

—No estoy mirando —prometió. Caminó hasta la cama con las manos llenas, y en verdad parecía que no estaba mirando. Hizo un exagerado intento de cubrirse los ojos cuando se dio la vuelta y se acercó a la bañera. Ella encogió las piernas y envolvió los brazos alrededor de su pecho.

—Traje toallas limpias. —Colocó unas toallas esponjosas en la silla junto a la bañera—. Y algo de jabón.

—¿Jabón? —preguntó incrédula—. ¡Estoy desnuda! ¡Tiene que salir!

Para crédito suyo, todavía no estaba mirándola.

—Pero es mi camarote —le recordó—. ¿A dónde más iré? Además, es un jabón muy especial. Vírgenes lo preparan en Jamaica a bese de leche de coco.

—¿Vírgenes qué? —Este hombre estaba loco, y era enloquecedor—. No me importa quién lo hace.

—Úselo en su cabello. También le traje un vestido. Soy bastante bueno con los cuerpos de las mujeres. Será de su talla.

—Parece bastante orgulloso de usted mismo. —Se estiró y arrancó el jabón de su mano—. No quiero usar el vestido de alguna de sus concubinas. No me pondré ninguna de esas cosas asquerosas.

Jack recogió el vestido sucio y destrozado y la ropa interior del suelo.

—Bueno, estas están arruinadas. Si no quiere usar nada, sea bienvenida. De hecho... —se inclinó y agarró las ropas nuevas que había dejado en la cama—, creo que la prefiero desnuda.

—Espere —no podía creer que estuviera diciendo esto—. Usaré eso.

Ciertamente es mejor que la alternativa.

Él se encogió de hombros.

—Lo que desee.

Lo miró suspicaz mientras frotaba el jabón y lavaba su cabello. En verdad olía maravilloso.

—Me gustaría salir ya. El agua se está enfriando.

—No miraré.

Rosalía estaba sentada en el agua helada con la boca abierta por la audacia del hombre.

Desafortunadamente, en verdad no tenía opción. O podía congelarse hasta morir en el agua cada vez más fría, o podía arriesgarse a que la viera. Cerró los ojos, contó hasta diez, reunió todo su coraje y se levantó del agua, rápidamente agarró una toalla y se envolvió en el tejido cálido y esponjoso.

Tal como dijo, no miró. Estaba entre las diez cosas más difíciles que había hecho alguna vez.

Le había dado tanto tiempo en la bañera como se atrevió. Había ido varios minutos antes y la había oído llorar. Parecía perfectamente razonable considerando todo lo que había pasado. Por mucho que quisiera consolarla, dudaba que ella apreciara que la sacara de la tina cálida en sus brazos para un abrazo consolador, sin importar cuánto le atrajera la idea. En realidad, algunas partes de él se estaban moviendo y prometían que cualquier abrazo no quedaría en consolador por mucho tiempo.

Respiró profundo varias veces para calmar las partes excitadas de su anatomía antes de girar y ofrecerle su mano para ayudarla con la bañera. Su piel estaba rosa por el calor del agua, y su cabello, libre de las costras de sal, brillaba como seda negra. Se negó a encontrar su mirada — por timidez, asumió él— y no la presionó.

La joven, alternando entre valiente y tímida, lo cautivaba con su naturaleza mercurial. Desde que había dejado Inglaterra, ninguna mujer *no* se había lanzado sobre él jamás y estaba ansiando el reto.

Capítulo 5

Él sí insistió en ayudarla con los lazos y botones del corsé. Antes de dejar que Jack la ayudara, se vistió tanto como le fue posible. Todo lo que quedó visible para el pirata fue su espalda con el vestido desabotonado.

La vestimenta era preciosa; la seda más fina que había tenido el lujo de portar sobre su cuerpo alguna vez. Era de un tono oscuro de morado, un color que su padre jamás le habría dejado poseer. Lo habría definido demasiado “orgullosa”. Todos sus vestidos eran marrones o cobres o crema. Bueno, todos los que solía tener. Ahora no poseía nada. Todo lo que tenía estaba en el fondo del Océano Atlántico.

—Bueno, tenía razón. —La miró con ojo evaluador—. Ajuste perfecto.

Absurdamente, se sintió decepcionada al darse cuenta de que su pirata se había colocado una camisa. El lino blanco y suave colgaba con soltura alrededor de su torso, las muñecas desabotonadas y los lazos del cuello sin amarrar. Desvió la mirada y sus ojos se alejaron hasta la puerta cuando se quitó sus pantalones color beis y se colocó unos negros, junto con un par de brillantes botas de cuero negro. Cuando se dio la vuelta, quedó pasmada. Ahora el pirata en verdad se veía como uno. ¿Había tenido puesto ese aro? ¿Cómo es que no había notado el grueso aro de oro en una oreja?

—Cenaremos aquí esta noche. Pensé que podríamos hablar y conocernos un poco mejor.

—Sabe todo lo que necesita saber de mí —protestó ella.

—Bien, entonces, jugaremos un juego. —No fue una sugerencia, sino más como una orden.

El grumete y otros marineros llevaron una mesa y dos sillas altas con espaldas. Con sorpresa, ella miró mientras tendían un mantel de lino y acomodaban la mesa con porcelana china, cristal y plata. Cuando la comida fue servida, quedó aún más sorprendida. Faisán rostizado con salsa de fruta, ensalada y papas y una delicada sopa fueron colocadas sobre la mesa, todos en platos de porcelana. Con seguridad que no habían comido así de bien en el barco mercante.

—Mi señora. —Jack apartó su silla. Ella dudó brevemente antes de decidirse a adelantarse ante la señal de paz.

—Gracias. —Se sentó con todo el decoro que poseía, el cual había sido plantado en ella desde el nacimiento por su padre exageradamente estricto—. En verdad no tenía idea de que ser prisionera en un barco pirata sería tan cómodo.

—¿Necesito recordarle de nuevo que no es una prisionera?

—Cierto. Soy libre de irme el momento en que quiera lanzarme al mar y ahogarme —su voz destilaba sarcasmo; la gentil tregua en peligro.

—Estamos a dos días de Nueva Providencia. Es un nado corto.

—Oh, pero qué pena —confesó—: no sé nadar.

—Pues entonces le puedo sugerir que se quede a bordo conmigo y disfrute de una hermosa cena —se detuvo por un segundo y luego añadió—, y quizás más.

Ella le echó una mirada. No habría más, pero estaba cansada de pelear contra sus avances, incluso aunque sospechaba que no lo estaba intentando en verdad. Aún no, al menos. Tendría que mantenerse en guardia. Claro, si lograba ignorar lo devastadoramente guapo que era.

—¿Los piratas comen así de bien? —Se sirvió un poco de cada plato.

—Creo que una tripulación bien alimentada es una tripulación menos propensa a amotinarse. —Metió una uva en su boca—. Pero tuvimos suerte de capturar un barco español la anterior

semana. Había algunos caballeros adinerados y un poco de la realeza menor a bordo. Aparentemente, les gustaba viajar con estilo. Por eso, cariño, disfrutarás de las cosas más finas.

El pirata se estiró y llenó su vaso de cristal con vino tinto.

—También me gustaría añadir que como no mantengo concubinas, el vestido que tienes puesto vino de ese barco. Hay cofres y cofres de ellos en la bodega.

—Oh, lo siento. —En verdad se sintió mal e intentó sonar tan contrita como se sentía, pero era difícil con la boca llena de faisán—. No pretendía insultarlo.

—Claro que sí. Es una suerte que sea tan adorable que me vea obligado a perdonarla. —Le obsequió una sonrisa devastadora.

—Me estaba disculpando. No necesita ser odioso.

La miró por un momento, como si analizara su sinceridad.

—No estaba bromeando, ni estaba siendo odioso. Usted es una mujer hermosa.

Le quitó importancia con un movimiento rápido de la mano y comieron en silencio por un momento.

—Eso explica la disponibilidad de la comida. ¿Quién es el chef? —Rosalía no se había dado cuenta de que tenía tanta hambre hasta que el aroma de la comida le llegó. Luego del primer bocado, se dio cuenta de que estaba famélica. Ya había comido todo un plato y estaba mirando el ave con el segundo en mente.

—Tengo un cocinero talentoso. Como dije, una tripulación bien alimentada rara vez se amotina. —Le ofreció la bandeja con ave y le relleno el vaso de vino—. ¿Jugamos? —Levantó la copa como invitación.

Rosalía se estaba sintiendo mucho más relajada y genial luego de una buena comida y un buen vino.

—Debo advertirle que soy muy buena en juegos de salón.

—Ah, ¿sí? —El pirata coqueto estaba de vuelta—. Ha pasado un tiempo desde que he estado en un salón respetable. ¿Quizás debería darme ventaja?

—Quizás —concedió ella—. ¿Qué le gustaría jugar? ¿Charadas? ¿Cartas? Soy bastante buena en ajedrez —ofreció.

—Estaba pensando en un juego de cartas —empezó, pero cuando su sonrisa se amplió con confianza, él añadió un giro—. Claro, tendremos que jugar con las Reglas Piratas.

Ella sonrió. Era muy buena jugadora de cartas.

—Quizás lamente decir esto, pero me apunto. —Estaba saciada luego de la comida y el calor del vino.

Rosalía fue recompensada con su sexi risita. *Oh, por Dios... Es un hombre tan hermoso.* Miró a su pirata mientras el grumete levantaba el servicio, excepto los vasos, y traía otra botella de vino. Cuando no estaba tratando moleestamente de seducirla y era simplemente él, Jack era absolutamente magnífico. Su mandíbula cuadrada enfatizaba un rostro fuerte y pómulos marcados. Sus ojos no eran marrones. Marrón era casi ordinario para Jack. Sus ojos eran tan negros como su cabello azabache. Un bien recortado bigote se extendía por sobre su labio superior —no uno poblado como el de su padre— sino una bien mantenida franja de vello que atraían sus ojos a esa sensual boca. Deseaba pasar su dedo sobre él para ver si el vello era tan suave como parecía.

—¿Está lista para oír las reglas, entonces? —Jack colocó una baraja de cartas sobre la mesa entre ellos—. Cada uno sacará una carta, la carta más alta gana; la carta más baja debe beber y responder una pregunta.

Capítulo Seis

—Yo barajaré —aseveró ella—. No confío en que no haga trampa.

Él le pasó las cartas con gran ceremonia y ella las mezcló. Cuando le devolvió el mazo de cartas, él las extendió sobre la mesa.

—Las damas primero —sugirió.

Rosalía sonrió confiada y extendió la mano. Sacó una carta con su dedo índice y lo deslizó por la mesa. La volcó y su sonrisa se desvaneció cuando reveló un seis de corazones. Jack estiró la mano por sobre las cartas y, con una floritura, extrajo una reina de espadas.

—Qué mal. —Chasqueó la lengua. Echó un buen tanto de vino en su vaso y le indicó que tomara.

Rosalía llevó el vaso a su boca y dio un sorbo, pero él sacudió la cabeza.

—Oh no, querida —le dijo Jack—. Las Reglas Piratas requieren que lo tomes de un solo trago.

—Eso no es muy de dama —se quejó, pero bebió todo el vino.

—Los piratas no solemos tener problemas con mujeres no tan damas. Ahora, mi pregunta. — Jack golpeó la mesa con su carta y la miró mientras pensaba en su primera pregunta—. ¿Cuál es su nombre cristiano?

Ella exhaló, aliviada por la pregunta fácil.

—Rosalía Luisa Weldon.

—Rosalía. Rosa... —ronroneó él. La forma en que decía su nombre era pecado. Ella bien lo sabía. Su padre le había inculcado una y otra vez lo que era pecado y lo que no. Su padre no habría aprobado de ninguna manera la forma en que formaba las palabras con su lengua.

Inspiró profundo.

—Usted saca primero ahora.

—Un placer. —Sacó un nueve de diamante.

El suyo fue un duque de espadas. Esperaba que su siguiente pregunta fuera igual de fácil.

—¿A dónde estaba yendo en el barco mercante?

Exhaló audiblemente. Otra fácil. Respondió luego de beber el vino que le sirvió.

—Voy a Nueva Providencia para casarme con mi prometido, Rupert.

—¿Y quién es Rupert? ¿Por qué está en Nueva Providencia?

—Lo siento. —Rosalía sacudió la cabeza—. Necesita ganar la siguiente pregunta. Después de todo, esas son sus reglas.

—Tiene razón, querida Rosa. Su turno.

Esta vez, ganó triunfadora la pregunta.

—Su acento es de la clase alta inglesa y ha aludido a una vida en salones elegantes. ¿Es su familia de la aristocracia?

—Y la dama va directo a la yugular. —*¿Qué tanto decir?*—. Mi padre es un conde. Yo soy el tercer hijo. Un hombre sin ningún valor en absoluto.

Ella parpadeó. Lo había dicho de forma tan plana que apenas podía creerlo él mismo, que después de todos esos años en verdad no significara nada para él.

Las siguientes tres preguntas fueron para el pirata. Se enteró que su prometido era un misionero y que su padre había muerto inesperadamente, dejándola sin nada. Su intención era unirse al misionero y casarse antes de lo que habían programado. Jack se preguntó cómo

reaccionaría el prometido ante su aparición sin previo aviso. Nueva Providencia y su estilo de vida hedonista afectaban incluso al hombre más fiel.

Entonces Rosalía sacó un diez de diamantes y Jack un cuatro de tréboles. Esta vez pensó unos segundos antes de preguntar. Se le estaba haciendo muy difícil pensar. Había bebido dos vasos en la cena y luego cinco tragos rápidos de vino. Eso contaba como otro vaso, y con cómo le llenaba su vaso luego de cada pérdida, podrían haber sido dos o quizás tres. No creía haber bebido tres vasos de vino antes y, además, su padre siempre había insistido en que aguaran su vino en la cena.

De pronto, se inspiró.

—¿Alguna vez ha estado enamorado? —preguntó.

—He amado a muchas mujeres —respondió Jack con fanfarronería.

—¿Eso es trampa! —dijo ella—. Tiene que contestar la pregunta o arruinará la integridad del juego. ¿Ha estado enamorado alguna vez?

El Guapo Jack recordó a las muchas mujeres de su vida. Solo había una mujer de la que se hubiera enamorado. Él, un chico tonto de diecinueve y ella, una niña hermosa de dieciocho. Tan jóvenes y enamorados. El padre de ella se había negado a que se casara con él puesto que no tenía título y apenas un pequeño ingreso. Como un ingenuo e impetuoso joven, huyó para hacerse una fortuna en la Marina, el servicio la única opción disponible para él aparte de hacer los votos. Ella le había profesado su amor eterno y le había dicho que esperaría por él...

—Sí amé a una chica una vez, hace mucho tiempo. Su nombre era Melinda y se casó con un conde. Oí que tuvo tres hijos y engordó. —Estaba sorprendido de encontrarse tan sincero.

—Lo siento mucho —dijo Rosalía—, la parte en la que se casó con alguien más, no la que engordó.

Él rió ante su sinceridad. Estaba complacido de ver que el vino la había relajado. La tensión en su boca y en sus ojos casi se había ido. Perdió la siguiente ronda y bebió otro buen tanto de vino.

—¿Ha estado enamorada alguna vez?

—Estoy comprometida —le dijo, como si eso fuera respuesta suficiente.

—Eso no quiere decir que esté enamorada de él.

—Esa es una pregunta terrible —le dijo indignada, ciega a la naturaleza hipócrita de su protesta—. No la responderé.

—Oh, querida —dijo con tono de burla—. Las Reglas Piratas dicen que debe enfrentar una penitencia entonces.

Sus cejas se elevaron, pero en verdad no quería responder a la pregunta.

—¿Qué tipo de penitencia? —preguntó, con una imagen de planchas para saltar por la borda y otros castigos *piratescos* girando en su cabeza.

Su pirata se reclinó en la silla y la miró contemplativo, como si debatiera el tipo de castigo y su severidad.

—Creo que un beso servirá.

Rosalía palideció, pero no quería que él supiera que no estaba enamorada de Rupert. ¿Acaso importaba? Las mujeres se casaban porque no tenían habilidades ni dinero propio y ninguna manera de vivir sin un hombre. El amor no tenía nada que ver con eso. Pero, de alguna manera, pensó que el pirata se beneficiaría de la información. Ella estaba prometida con Rupert porque su padre le dijo que lo estaba y, siendo una hija obediente, nunca había protestado.

Seramente consideró la posibilidad de un beso. El hecho de que incluso lo pensara era con seguridad debido a todo el vino que había consumido. De otra manera, no tendría excusa para

tales pensamientos indiscretos. Pero, mientras rumiaba sobre el castigo, sus ojos fueron a su boca y su bigote, y su mirada se quedó allí por un momento.

—¿Un beso? ¿Eso es todo? —preguntó, queriendo aclarar los términos del castigo.

—Solo uno —le sonrió suavemente—, a menos que se niegue a responder otra pregunta. O, claro, a menos que le guste tanto que quiera otro.

—Estoy segura de que con uno bastará —le dijo con sus maneras más elevadas.

Cuando Jack se levantó de su silla, ella hizo lo mismo. Él dio un paso hacia ella y ella pensó que se veía incluso más lobuno que antes. Ella no se inmutó, sin embargo, y él sorteó los dos pasos restantes hasta que quedó directamente frente a ella con tan solo unos centímetros de espacio. Rosalía cerró los ojos y frunció los labios.

Él rió, un ronroneo profundo que Rosalía sintió en su estómago y, de manera inesperada, incluso más abajo.

Jack llevó una mano a su rostro y lo sintió apartar un mechón de cabello de su mejilla y colocarlo detrás de su oreja. Corrió un dedo desde su oreja, por su mandíbula y hasta debajo de ella, y la empujó gentilmente para que levantara la cabeza.

Su pulgar se desvió hasta su boca y frotó la yema con suavidad a lo largo de su labio inferior. El movimiento inesperado la sorprendió y cuando abrió los labios en sorpresa, él bajó su cabeza y tomó su boca con la suya. Sus labios eran cálidos y suaves y la sensación que provocaban era gentil y cariñosa. Sin apartar los labios, acariciaba su boca y tocaba su labio inferior con la lengua. Ella se tensó brevemente ante lo inesperado de la sensación, pero luego volvió al trance lánguido y relajado. Él intensificó el beso por niveles y finalmente su lengua se deslizó en su boca y las caricias se intensificaron. Ambas manos acunaron su rostro y con destreza alteró el ángulo de su cabeza para acomodarla a su preferencia.

La trepidación inicial de Rosalía pasó a ser interés y luego ya no pensaba en absoluto. *Así que esto es un beso.*

El pequeño beso en los labios que había recibido de Rupert cuando se comprometieron, y luego de nuevo cuando se fue a misión, no debería ser llamado de la misma forma que este beso. No había sentido absolutamente nada cuando su prometido la había besado.

El beso del Guapo Jack era una revelación.

Ella sabía a vino e inocencia: una mezcla embriagadora. Se encontró profundizando el beso más rápido de lo que pensó que ella aceptaría, pero estaba casi más allá de su control. Se había divertido cuando ella había levantado la cara para enfrentarlo con esa infantil forma de beso: los labios fruncidos y los ojos apretados. Se había reído, pero tan pronto como sus labios se encontraron, el beso ya no tuvo nada de divertido.

La adorable chica en sus brazos emitía unos suaves gimoteos, y él alteró el ángulo de su boca para saquearla por completo. Que tesoros guardaba, esta dulce Rosa. La empujó contra él, levantándola gentilmente para que quedara de puntillas y su creciente erección quedara en la cuna de su estómago.

Capítulo 7

La conciencia repentina de su excitación la trajo de vuelta a la realidad. Colocó ambas manos sobre su pecho y lo empujó con fuerza. Él terminó el beso inmediatamente, pero no quitó las manos de alrededor de ella. Lentamente relajó su sujeción, soltó las manos y la dejó alejarse ligeramente, pero aún dentro del círculo de sus brazos.

—¿Había sido besada alguna vez? —susurró.

—Sí. —Estaba mintiendo y con seguridad él lo sabía—. No. No así.

—Fue agradable, ¿no lo cree, dulce Rosa?

Rosalía no respondió, pero sintió su rostro calentarse, enrojecer hasta un color que asemejaba al de su nombre.

—Por favor, suélteme —pidió en voz baja. Queriendo de igual manera que lo hiciera y que no.

Él relajó los brazos completamente y la dejó ir. Él giró y se sentó en su silla, recostándose hasta quedar balanceándose sobre dos patas. Descansó los tobillos cruzados sobre la mesa en una pose de absoluta indiferencia.

—Siéntese, comeremos algo de fruta y terminaremos el juego.

Rosalía recogió su vaso y tomó lo último de vino e inmediatamente se arrepintió de haberlo hecho.

—Mi cabeza da vueltas. Ya no quiero más vino. —Ahora estaba avergonzada. Obviamente, el beso no le había afectado en absoluto. Colocó una mano fría sobre su mejilla ardiendo y se sentó con pesadez en la silla—. Creo que eso fue más de un beso.

—Técnicamente, querida mía, eso solo fue un beso. Mis labios jamás dejaron los tuyos. —Usó un largo y delgado cuchillo para cortar una manzana.

Lo observó fascinada, su cabeza estaba confusa por el vino y el beso devastador. Se sentó frente a la mesa, maravillada por el cuchillo y el hombre, y parpadeó somnolienta. Rosalía estaba extremadamente cansada; cansada hasta los huesos. Estaba bastante segura de que jamás había estado tan cansada. ¿Hacia cuanto que el barco se había hundido? ¿Tres semanas? Era difícil creer que apenas había sido ayer.

Jack comió varias tajadas de manzana mientras la contemplaba. La liberó de su abrazo, pero no había querido hacerlo. Más importante aún, no quería pensar por qué. La piratería no era una ocupación que permitía la introspección. Solo la dejó escapar porque, cuando se alejó del beso, había visto miedo en sus ojos. Se recordó duramente que las mujeres no lo dominaban y que esta virgencita no iba a cambiar eso. Sin embargo, se estaba durmiendo sobre la mesa y, a pesar de su reputación, no era un hombre cruel.

Jack dejó el resto de la manzana y el cuchillo en la mesa y dejó caer pesadamente sus pies embotados en el suelo de madera. Se levantó, la tomó de la mano y la levantó. Como un venado, se veía asustadiza y lista para huir.

—Ha tenido un largo día. La he emborrachado cruelmente, y ahora se está durmiendo en la mesa. —Tiró de su mano suavemente y ella cedió. Lo siguió lentamente, desconfiada—. Vamos, no la morderé. Ni siquiera si me lo pide. No esta noche. —La puso al borde de su enorme cama y ella se hundió en las plumas. Le pestañeó pesadamente—. Muy bien, mi hermosa Rosa. —Alcanzó por detrás de ella y empezó con la hilera de botones—. Saquemos este vestido.

—Gracias por el vestido. Nunca he tenido nada tan lindo en toda mi vida. —Apretó el vestido sobre sus piernas y extendió las arrugas—. A mi padre no le habría gustado, y si me hubiera visto

en él, me habría puesto a leer versos de la biblia de rodillas por horas.

Jack le deslizó el vestido de sus hombros de marfil y la puso de nuevo de pie. La pesada tela quedó atrapada brevemente en sus caderas y luego cayó al piso. Ella se tumbó en la cama de nuevo en sus enaguas y corsé.

—Bueno, soy un conocedor de mujeres hermosas, y no sé qué estaba mal con su padre, pero me encanta en ese vestido. —Jack colocó la pierna por detrás de ella y la montó. Ella quedó acunada en su regazo, ambas piernas sobre ella. Sus dedos desataron cuidadosamente los lazos del corsé que él mismo había atado varias horas antes.

Ella se sentó rígidamente.

—Desearía que no siguiera diciendo eso.

—¿Decir qué? —Estiró los lazos y abrió el corsé. Rosalía inhaló profundamente, llenando sus pulmones completamente. Jack tuvo la hermosa vista por sobre sus hombros de sus pechos elevándose y descendiendo mientras su torso se expandía—. Decir que no es hermosa sería una mentira, y puede que sea muchas cosas, pero no soy un mentiroso.

Jack se levantó de la cama, levantándola suavemente junto con él. La giró para estar de cara a él y miró sus ojos alcoholizados. Sabía que probablemente ella no recordaría nada a la mañana siguiente. Y esa era la razón principal por la que no podía ni se aprovecharía de ella.

Como lo había dicho antes, él era muchas cosas, pero lascivo y violador no estaban entre ellas. Tenía una reputación, era cierto, pero una reputación que él mismo había construido y cultivado, y al menos el noventa por ciento era mentira. Le gustaba esta mujer. Tenía agallas y era valiente y encantadora, además de hermosa. No había deducido aún qué le había hecho su padre, pero sabía cómo las palabras duras de un padre amado podían destruir el corazón de un niño, y haría lo mejor que pudiera durante su tiempo juntos para hacerle ver que era especial.

—Míreme. —Levantó su quijada y la observó intentando enfocarlo—. Es una mujer hermosa y sensual. Quiero acostarme con usted tanto que duele. —Agarró su mano y le mostró lo mucho que la deseaba—. Le advierto que seguiré insistiendo...

Rosalía miró los ojos negros y profundos del pirata, y luego su mirada se fue hasta su boca y miró sus labios mientras formaba las palabras, pero no estaba escuchando en verdad. Quería que la besara de nuevo. Quizás era el vino —definitivamente era el vino—, pero le gustaba la forma en la que él la miraba. Le encantaba la forma en que sus besos la hacían sentir: tanto querida como bonita. Pero ser bonita era orgullo y, por tanto, era malo. Su padre le había metido eso en la cabeza toda su vida. El concepto era peligroso, lo sabía, pero las inhibiciones que tenía se estaban diluyendo suavemente, y le gustaba sentirse bonita.

Rosa puso un dedo sobre sus labios y lo silenció eficazmente.

—Demasiadas palabras y pocos besos.

Rosalía puso ambas manos en sus hombros para equilibrarse, mientras se ponía de puntillas tambaleante para colocar sus labios sobre los de él. No sabía cómo continuar, puesto que toda su experiencia se podía resumir en su único beso precedente. Afortunadamente, su pirata estaba ahí para guiarla y sus brazos la abrazaron por la cintura y profundizó el beso. Esta vez, no se asustó cuando él la acercó y sintió su erección. Pronto, los instintos de Rosalía se hicieron cargo y sus manos vagaron por su piel, bajaron por sus fuertes brazos y su espalda amplia y musculosa. Encontró la cinturilla de su pantalón y, lentamente y de a poco, sacó su camisa hasta que salió por completo y le permitió acceso completo a su piel.

Jack estaba deslumbrado. Sus manos suaves viajaban por su estómago y enrulaban el suave cabello que cubría su pecho. La acción casi terminó con su determinación. Quería tenerla, era

cierto, pero no porque estuviera debilitada por el alcohol. Esta mujer era una maravilla y quería que lo eligiera cuando tuviera todas sus facultades.

Pero, por Dios, apenas podía resistir la tentación. Ella era pura pasión y ansias, sus manos nunca dejaron de vagar una vez que descubrió como su cuerpo afectaba ciertas partes de él.

—Hermosa Rosalía —susurró en su cabello—, ¿cómo se supone que un hombre actúe como caballero con tanta pasión y cariño ante sí?

—Pero usted no es un caballero, Jack. Es un pirata —le susurró de vuelta contra su cuello, mientras sus manos encontraban la gloria de la parte baja de su espalda, y ahora la acariciaba cariñosamente.

Jack rió ante su fácil respuesta.

—Ah, pero qué pena, mi querida, que no soy un pirata tal que deshonre vírgenes ebrias que están prometidas a ministros misionarios. —Estiró sus manos por detrás y atrapó las de ella. Las trajo de nuevo al frente y las llevó hasta sus labios y depositó un beso en cada palma. Ella parecía devastada de que le hubiera puesto un freno a su pasión, así que la besó brevemente de nuevo.

—Rosa, casi me está matando no poseer tu hermoso cuerpo justo ahora. —Miró hacia abajo apreciativo. Podía ver todas sus curvas a través del delgado algodón de su ropa interior—. Pero ahora necesitas dormir.

Ella estaba demasiado cansada para protestar en serio, así que cuando la guio de vuelta a la cama y apartó las sábanas, trepó y se hundió adormecida en la cama de plumas con la cabeza sobre la almohada, y se durmió casi instantáneamente. La cubrió y sopló la linterna cerca de la cama. Mientras se alejaba, su mano se estiró y agarró la suya.

—Ven a dormir conmigo —murmuró, medio dormida.

El Guapo Jack miró la mujer sensual e invitante en su cama y su ingle dolió. ¿Cuánto más se esperaba que aguantara su endeble resolución?

—Por favor —rogó.

Estaba perdido.

Tiró las botas y se quitó la camisa por sobre la cabeza. Sus pantalones cayeron en un montón al suelo y gateó a la cama junto a ella. Se arrimó junto a él y se durmió con sus brazos envolviéndola.

Eventualmente, Jack se durmió también, pero pasó bastante tiempo hasta que pudo relajarse lo suficiente para que la paz le llegara.

Capítulo 8

Rosalía abrió los ojos ante el sol de la mañana que entraba a través de la claraboya. La cama del pirata era cálida y cómoda y estiró lánguidamente los brazos por sobre su cabeza, y se congeló inmediatamente.

Había alguien más en la cama.

Giró con cuidado la cabeza y encontró a Jack durmiendo junto a ella. Suavemente giró su cuerpo hasta estar de cara frente a él. No recordaba todo sobre la noche anterior, pero estaba bastante segura de que no habían hecho el amor. Sin embargo, si su padre la viera ahora desde el cielo, estaba segura de que la mataría él mismo. Era completamente posible que todo lo que le había dicho alguna vez sobre ella fuera verdad. Pero, su padre se había ido y ya no tenía control sobre su vida. Desafortunadamente, muy pronto, Rupert lo tendría.

Ella se había hecho cargo lo suficiente para decidir comprarse un pasaje a Nueva Providencia y buscar a su prometido, ¿pero era lo suficientemente valiente para desechar todo el plan por completo? La entristecía saber que podría nunca tener la vida que quería con un hombre como Jack. Los piratas no se quedaban con hijas de ministros y se casaban. Ya sabía que él tenía cierta animosidad hacia la aristocracia y su familia. No había esperanza para ellos fuera del barco. Este debía ser un viaje de descubrimientos, y luego lo dejaría con solo las dulces memorias para consolarla cuando se convirtiera en la esposa de un ministro.

Envalentonada por esa decisión, Rosalía se dio permiso para ser un poco atrevida.

Todo lo que sabía con seguridad era que él podía ser fácilmente el hombre más atractivo que había visto alguna vez. Ella todavía tenía su ropa interior, pero él no tenía camisa; que pudiera ver, al menos. Todo lo demás era un misterio.

Se atrevió a levantar la sábana y espiar debajo. Miró su rostro, pero seguía durmiendo, sus hermosas facciones tranquilas y soñadoras. Lentamente, cuidadosamente, levantó la sábana centímetro a centímetro, alternando entre mirar su rostro para asegurarse de que seguía durmiendo y mirar la creciente extensión de su piel. Un torso musculoso dio lugar a un estómago plano cuando la sábana descendió. Igual que su bigote, el pelo sobre su pecho lucía igual de suave, pero temía que, si tocaba la piel o el vello, se despertaría. La sábana pasó su cintura y la línea de bronceado que tanto la había intrigado se hizo visible. Sabía que debía detenerse, y dudó. *Ahora o nunca*. Cerró los ojos y exhaló para prepararse. Su corazón latía con fuerza en su pecho. Sus ojos se abrieron y lo vio mirándola.

—¿Vio todo lo que deseaba? —dijo alargando las palabras con una sonrisa libidinosa.

Sus dedos soltaron la sábana instantáneamente, la tela de seda flotó hasta ocultar todo lo que había descubierto.

—Me disculpo —escupió. Sus mejillas brillaron enrojecidas.

Él levantó ambas manos sobre la cabeza.

—No la detendré. Vaya, investigue lo que desee. —Su voz era grave y sexi por el sueño.

—Oh, no —protestó y sacudió la cabeza—. Lo siento mucho. —Se levantó para salir de la cama.

Él la sujetó de la cintura y la atrajo de nuevo a la cama junto a él. Ella lo miró desconfiada, insegura de si quería que la sedujera o no. Sabía que no tendría la fuerza para detenerlo si la besaba de nuevo.

—Atracaremos en Nassau hoy. ¿Sabe dónde encontrar a su prometido?

—Tengo una dirección a la cual le enviaba cartas, pero estaba en mi camarote —se detuvo cuando se dio cuenta de que no tenía ese pedazo de papel.

—Y su camarote está en el fondo del océano —terminó por ella. Sus dedos se dirigieron a su clavícula, donde sobresalía la piel—. ¿Cómo lo encontraremos?

—¿Nosotros? —preguntó—. ¿Me ayudará?

—Ciertamente no la abandonaré sola en esa ciudad. Nassau es Sodoma y Gomorra renacidas, y no quiero que pasee por ahí sin escolta.

Intentó ignorar el dedo curioso por un momento y concentrarse en lo que acababa de decir.

—Me fue bastante bien por mi cuenta en Londres y el barco mercante. No me debe nada. —Se esforzó por sonar indignada, pero era muy distractor.

—Y vea qué tan bien le salió su primer viaje. —El dedo tenía mente propia y se fue hasta el camino entre sus pechos.

—Bueno, difícilmente es mi culpa que el barco se hundiera, ¿o sí? —*¿A dónde estaba yendo su dedo ahora?* Un camino de fuego seguía el rastro.

—Créame, si termina en una mala situación en Nassau, deseará haberse hundido con el barco. —Le dio un beso en su hombro. Claro, un beso llevó a otro y luego muchos otros conectados desde su hombro a la sensible hendidura en la base de su garganta—. Solo quiero asegurar su seguridad, mi hermosa Rosa.

—¿Dijo “su” Rosa? —Ya era casi incapaz de hablar, pero ese término cariñoso captó su atención.

—Al menos por esta mañana. —Jack deslizó su pierna entre las de ella, quedando medio encima de ella—. ¿Confía en mí?

Rosalía miró el pozo de sus ojos negros y vio una fuerza de carácter que ni siquiera ella estaba segura que él supiera que poseía. ¿Por qué no debería confiar en él? Si hubiera querido herirla, había tenido muchas oportunidades para hacerlo el día y la noche previa. No la había lastimado cuando subió a bordo, ni en la tina, ni cuando estaba más vulnerable, ebria y dispuesta en cama. Claro que confiaba en él.

Vamos, sé atrevida, le urgía su lado oscuro. *Bastante te acusó Padre de serlo.*

Y resultó que ella era perfectamente capaz de tomar decisiones sobre su vida. Si hubiera sabido todo lo que estaba disponible para ella, lo que el mundo fuera de su pequeña villa inglesa ofrecía, ¿le hubiera permitido a su padre que la prometiera a Rupert? Rupert, un hombre exactamente igual que su padre, dos hombres cortados de la misma madera. ¿Cómo habría sido de diferente su vida si su madre viviera? Rosalía nunca la había conocido. La mujer murió de un brote de influenza cuando ella tenía dos. ¿Era su madre la mujer dócil y servil en la que su padre había intentado convertirla?

¿Confiaba en él?

Le respondió con un beso que esperaba que hubiera expresado apropiadamente su deseo de seguir descubriendo todos los misterios de su cuerpo. Jack le quitó su enagua por sobre la cabeza y la lanzó al suelo. Su manos y boca sellaron su piel desnuda con pasión.

Nunca se había sentido así. De hecho, no sabía que esos sentimientos fueran siquiera posibles. Se había dado cuenta en estos últimos dos días de la riqueza de experiencias de las cuales su padre la había escudado. No es que ningún padre permitiera estas experiencias así, pero estaba encontrando que este viaje le estaba ampliando sus horizontes.

Sus manos y labios la acariciaban, y ahora no era el momento de contemplar pensamientos profundos e hipótesis. Jack era mágico, las cosas que le hacía sentir; no le sorprendía que su padre hablara de esas cosas como pecado.

Quizás sentirse bonita es pecado, pero si es así como se siente ser bonita, entonces quiero ser pecadora. Jack la hacía sentir bonita. La verdad, Jack la hacía sentir hermosa.

Los besos de Jack viajaron desde su garganta hasta que encontraron su pecho y luego un pezón. Atrapó la protuberancia rosa en su boca y su cuerpo respondió. Una corriente chispeante corrió por su cuerpo y se derramó en el centro de su ser. Él se acomodó completamente entre sus piernas, su boca nunca dejó su pecho excepto cuando viajó a prodigar atención al otro. Sus manos la acariciaban, le separaron más las piernas, presionando con firmeza los músculos de sus muslos. Se levantó para tomar su boca de nuevo, su lengua caliente e insistente, sus manos apretaron su cintura y bajaron más para acomodarse en sus caderas.

—¿Floreceñas para mí, Rosa? —susurró contra su boca.

No tenía idea de lo que estaba hablando, pero bien podría haberle pedido que volara a la luna, y habría dicho que sí. Estaba completamente abierta a cualquier sugerencia en este punto, siempre y cuando siguiera sintiéndose así.

Rosalía asintió, y luego jadeó cuando sus dedos encontraron su centro. Sus piernas se movieron sin control y sus manos agarraron las sábanas a ambos lados de ella. Unos hábiles dedos hicieron su camino a través de los vellos enredados hacia su cima, encontrando el placer secreto allí, y suavemente lo frotó.

—Jack —dijo, su voz ronca y baja—. Oh por Dios, Jack.

Rosalía sabía que este no era el mismo tipo de “hacer el amor” que iba a conseguir de Rupert, especialmente si sus besos indiferentes eran alguna indicación. Jack era un hombre atractivo cuando estaba vestido como pirata, pero desnudo era impresionante, magnífico.

La tensión creció en su estómago, en su útero; no podía nombrarla y no sabía cómo apagarla. Sus caderas se movían, saltaba cuando añadía más presión y, cuando sintió un dedo largo y masculino deslizarse dentro suyo, dejó salir un gritito estrangulado. Él retiró su dedo lentamente, circulando la entrada, y luego lo metió de nuevo. Su pulgar la masajeaba mientras la presión seguía creciendo dentro. Y casi al mismo tiempo que metió un segundo dedo, la presión explotó y gritó su nombre.

Jack la observó, satisfecho de que hubiera sido el primero en desflorar su Rosa. Al mismo tiempo, se lamentaba. Sabía que su liberación no estaba cerca. Tendría que dejar que su esposo tuviera ese honor, y le enojaba y lo entristecía profundamente. Luego de que el barco atracara y encontraran a su prometido, era muy poco probable que el Guapo Jack la volviera a ver de nuevo, y el prospecto lo hacía sentir inusualmente melancólico. Tendría que dar su hermosa Rosa a otro hombre; otro hombre que no era digno de ella.

Si este Rupert era el esposo que su padre había elegido para ella, seguramente había elegido un hombre de naturaleza similar, y el pensar en Rosa atrapada bajo dictados crueles y castigos lo hacía querer quedársela para siempre. Quería protegerla de la rudeza de un esposo como ese, de una vida que aplastara su espíritu. Pero era un pirata, su vida previa sin consecuencias, y ella una dama de buen carácter. No era una historia que pudiera terminar en un felices para siempre.

Le besó el estómago y cada lado de la cadera mientras ella yacía jadeando y volviendo a la tierra. Él apoyó la cabeza en la cuna de su estómago y los dedos de Rosa encontraron su cabello.

—Oh, por Dios —susurró Rosalía—, eso fue lo más asombroso... No tengo palabras.

—Eres increíble, Rosa. —Jack en verdad lo creía. Después de todas las mujeres experimentadas que había conocido, simplemente no podía superar el asombro de que esta dulce y pura hija de un ministro fuera la que envolviera su corazón. Se levantó sobre sus codos y besó sus pechos reverenciándolos, luego el hueco de su garganta. Ella colocó una mano a cada lado de su

mandíbula, lo atrajo hacia sí y lo besó profundamente. Rápida aprendiz, su beso pronto escaló de dulce y suave a apasionado y desesperado.

Jack podía sentirse perdiendo el control. A menos que terminara esto inmediatamente, no podría detenerse. Alejó su boca de la de ella y se sentó. Su trasero descansando sobre los talones, todavía sentado entre sus piernas.

Oh, sería tan fácil. Sería tan bueno.

—Rosa... —fue todo lo que dijo antes de que sus dedos curiosos envolvieran su pene—. ¡Dios! Rosa. —Le agarró la muñeca—. Me estás matando.

—Eres tan grande. Probablemente porque eres grande, pero no es como que tenga punto de referencia. —Sus ojos se fijaron en lo que sostenía en su mano—. Lo que pasó, lo que me hiciste, ¿eso no es todo, o sí? —le preguntó.

—No. —Apretó los dientes contra la sensación de su mano libre deslizándose por su muslo—. Hay mucho más.

—Lo quiero todo, Jack.

Él quería dárselo y su control pendía de un hilo.

—¿Estás segura? Un beso más, un centímetro más con esa mano, y no hay vuelta atrás.

Rosalía se sentó sobre sus rodillas frente a él. Con su mano aun sosteniendo su pene duro como roca, lo besó. Su boca estaba caliente y ansiosa, su lengua entró a la suya con una pasión que Jack solo podía interpretar con la parte de su cuerpo que ella sostenía. Era más de lo que Jack podía soportar, Presionó su espalda contra la cama y probó su centro con los dedos; la encontró más húmeda que antes.

—Ahora, Jack —le urgió y levantó las caderas, sus ojos le rogaban.

Entró delicadamente, su humedad y calidez rogaban ser penetradas. Jack apretó los dientes controlándose hasta que alcanzó la barrera y, con mucha gentileza, la atravesó. Si el dolor la molestó, no mostró ningún signo.

Se retiró y salió casi por completo. Ella apretó sus caderas e hizo un gimoteo de protesta, claramente no quería dejarlo ir. Una plegaria completamente innecesaria una vez que Jack sentó el ritmo. La llenaba y se retiraba solo para llenarla otra y otra vez.

—¿Jack? ¡Jack! —gritó.

Unas cuantas estocadas más y el explosivo clímax de Jack siguió al de ella.

Quedaron en la cama, enroscados, espalda contra pecho. Jack sentía sus respiraciones regulares a través de la subida y bajada de sus pechos una vez que volvió a dormirse, sus cálidas exhalaciones contra su brazo, su cabeza acunada en su hombro. Esta era su mujer. Lo sabía en sus entrañas, en su corazón. Pero acaba de prometerle llevarla hasta su prometido. Sabía que era lo honorable, pero nunca había querido tan poco hacer algo en su vida. Nunca antes algo se había sentido tan equivocado.

Si tan solo hubiera alguna manera. Por primera vez, Jack estaba sobrepasado por el arrepentimiento. Arrepentimiento por las elecciones que había tomado, la vida que había llevado. En una enfermiza odisea juvenil para probar falsas las aseveraciones de su padre de que no servía para nada, y para lamerse las heridas infringidas por una amante de poca fe, había elegido la vida de un Corintio, y esa fatídica decisión de hacía tantos años amenazaban todo lo que ahora podría llegar a amar.

Capítulo 9

27 de julio de 1718

Rosalía estaba entre sus brazos; las manos de Jack sobre el timón del barco. Alrededor de ellos todo era borroso con el movimiento de los marineros preparándose para atracar. El viejo que la había salvado del barco mercante se había integrado a la tripulación de piratas. Los amantes habían pasado la mayor parte del día en cama, y salieron solamente cuando el Sr. Blake gritó que el punto de destino estaba a la vista. Aunque la mayor parte del tiempo la habían dedicado a hacer el amor, también se alimentaron, hablaron y rieron.

De todas las cosas que podría haber imaginado en ese viaje, Rosalía nunca pensó que temería ver el puerto de la Isla de Nueva Providencia como lo hacía ahora. ¿Cómo podría haber pensado que se enamoraría de un pirata? Sabía que amaba al Guapo Jack, el capitán del barco pirata Venganza de Neptuno, con una seguridad que no albergaba ninguna duda.

También sabía que tendría que dejarlo ir porque era un pirata, un hombre del mar y la aventura, y porque ella era simplemente la hija de un ministro pobre. Por mucho que quisiera creer en sus palabras floridas y cumplidos, era difícil. Después de todo, sabía que él tenía mucha experiencia flirteando con mujeres y que era un adorable rebelde hasta el final. Guardaría su aventura en el barco pirata en su corazón y soportaría vivir una vida tranquila con Rupert.

El pensarlo hacía doler su corazón.

Luego de que el enorme barco soltara anclas y la pasarela bajara, Jack y Rosalía desembarcaron, dejando a la tripulación a bordo listo para partir al momento. Jack y el Sr. Blake habían decidido que era necesario explorar un poco antes de dar de baja a los marineros.

Rosalía jadeó ante la espantosa vista de tres hombres colgando de horcas justo afuera del muelle.

Cuando miró a Jack cuestionadora, su respuesta fue críptica.

—Es una advertencia.

Fueron capaces de obtener la dirección de su prometido en la primera iglesia a la que fueron. Mientras Rosalía hablaba con el vicario, Jack esperó afuera.

—Te esperaré aquí. No quieres que caigan rayos en la iglesia, ¿o sí? —bromeó.

Mientras caminaba, Jack se preguntó qué estaba pasando en la capital pirata inusualmente callada. Había notado la rara actividad alrededor del área portuaria y eso le preocupaba. Dos buques de guerra con la bandera británica estaban anclados afuera del muelle. Usando su catalejo, también vio una bandera británica desde el Fuerte, y un barco francés se estaba quemando en la bahía.

El contramaestre, el Sr. Blake, también había visto el disturbio, pero, además de un intercambio de miradas, ninguno de ellos había dicho nada. La bandera del Venganza de Neptuno, un fondo rojo con un cráneo negro usando una corona, había sido bajado cuidadosamente y no la había reemplazado con nada. Jack creyó que lo mejor sería no anunciar su llegada muy fuertemente por una vez. Todo dentro de él le decía que lo mejor era el sigilo y la sutileza.

No había visto a ninguno de sus compatriotas desde que había entrado a la ciudad. Generalmente, Nassau se aliaba con marineros y piratas y otros personajes desagradables. Acostumbrado a que cada esquina estuviera llena de prostitutas y ebrios, el silencio apagado de la ciudad era inquietante, y una sensación de temor se extendió en él.

—Jack.

Giró al sonido de su nombre y vio a su amigo, el capitán Ben Hornigold, acercándose.

—Ben —saludó Jack—. ¿Qué demonios estás pasando? ¿Dónde está todo el mundo?

—Hay un nuevo gobernador. Un tipo inglés llamado Woodes Rogers. Está aquí para deshacerse de nosotros. Está haciendo un buen trabajo.

—¿A dónde fue todo el mundo? —Había muchas preguntas. Jack ni siquiera sabía dónde comenzar—. ¿Por qué sigues aquí?

—Charlie Vane incendió ese barco francesito y luego salió de aquí, con cañones, dispersándolos. Eso fue ayer.

—Pero ¿qué hay de England o Teach? No creo que hayan escondido la cola y se hayan ido. —Esos piratas eran prácticamente la realeza de Nassau. Jack no podía creer que hubieran rendido todo lo que poseían.

—Ese bastardo de Barbanegra huyó al norte. England no ha estado por aquí, pero huirá también. —Hornigold sonaba confiado y claramente amaba extender el chisme.

—Si este tipo, Rogers, es tan peligroso, ¿qué estás haciendo aquí todavía?

—Consiguió el perdón para los *caps* que se les rindieran. No tengo nada, Jack. Mi armada se fue, esos bastardos traidores, amotinadores. —Hornigold escupió al suelo con asco—. Todos se unieron a Barbanegra. ¿Qué tengo que perder?

Jack estaba espantado.

—¿Te entregaste?

—Rogers me dejó conservar mi barco y me dará una tripulación si voy a cazar a Vane. —Hornigold se encogió de hombros—. Mejor que romperme el cuello como esos borrachos en el muelle.

—Los vi. —Jack sacudió la cabeza con asco.

—Ve y entrégate, Jack. —Hornigold le palmeó el hombro al partir y siguió su camino por la calle.

—No puedo hacerlo... —Jack tenía algo que perder, si es que no lo había perdido ya—. Tendrá que ocurrírseme algo más.

—Cuida esa cabeza guapa que tienes. Tendrás el mismo trato que yo, te apuesto. —dijo el pirata convenenciero sobre su hombro cuando dio la vuelta a la esquina.

—¿Qué trato? —preguntó Rosalía mientras bajaba las gradas de la iglesia. Espió la calle, pero Hornigold ya se había ido—. No sé por qué estabas tan preocupado por mí en esta ciudad. No hay nadie.

—Hay cambios muy peligrosos por delante —fue todo lo que dijo como explicación.

Agarró al primer mocoso que vio en la calle y le susurró unas instrucciones apresuradas. Lo mandó con varias monedas y una expresión determinada.

Jack le ofreció a la dama su brazo y bajaron por la calle. Se concentró en controlar las ansias de echarla sobre su hombro y correr de vuelta al barco. Pero sabía que, tanto como la amaba y la deseaba, necesitaba hacer lo mejor para ella. La escoltaría a la casa de su prometido y se probaría a sí mismo que este Rupert era el hombre correcto para su Rosa.

Encontraron la pequeña casita blanca de Rupert apenas a unas cuadras. Mientras entraban en el pequeño patio, la puerta delantera se abrió de golpe y dos prostitutas salieron tambaleantes de la casa, riendo fuertemente. Rosalía se detuvo y miró con ojos entrecerrados a las dos mujeres pintadas, una con cabello rojo brillante y la otra rubia. Sus pechos estaban casi cayendo de los corsés y sus rostros estaban maquillados con polvo y rubor. Su primer pensamiento fue que Rupert debía estar velando por sus almas, pero el pensamiento se extinguió rápidamente.

—¡Guapo Jack! —chilló la rubia alegre—. ¡Nos gastamos con el predicador, pero tenemos suficiente para ti!

—Vuelve a donde Guillermina con nosotras —hizo eco la pelirroja, paseando sus manos por el pecho de Jack de una manera demasiado familiar en lo que concernía a Rosalía—. Todo el mundo se ha ido y yo y el resto de las chicas estamos solas.

—Cora. Prissy. —Saludó a las dos mujeres, y Rosalía se sintió complacida al ver que sacaba gentilmente las manos de Cora de sí mismo antes de que la ramera sintiera la necesidad de agarrar algo más debajo de su cinturón. Con ese sutil rechazo, las dos prostitutas notaron a Rosalía por primera vez.

—¿Quién es la dama elegante? —preguntó Prissy, colocando la mano sobre la cadera.

—Soy la señorita Rosalía Weldon. —Su tono era seco y duro—. La prometida del reverendo Merickel.

Las fulanas aullaron con sus risas.

—Buena suerte con ese vejestorio —dijo Cora.

—Sí —añadió Prissy—. Me da pena pensar en la pobre mujer que se lo tenga que hacer gratis.

Con esa horrible recomendación colgando en el aire, las mujeres se fueron, mandando besos a Jack mientras se alejaban de la puerta, riendo con un regodeo desdeñoso.

Con una nueva seguridad acuñada, Rosalía caminó hacia la puerta abierta solo para encontrarse con su prometido en el recibidor abotonándose los pantalones, el extremo de su camisa todavía fuera. Rosalía jadeó incrédula. ¿Este era su prometido?

—¡Señorita Weldon! —La sorpresa era evidente tanto en la voz como el rostro de Rupert—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Le envié una carta informándole que venía. Mi Padre murió y no tenía a dónde ir. —Rupert se quedó mirándola mientras ella seguía hablando para llenar el silencio. Palabras estúpidas, fútiles, que deseaba poder detener—. Le escribí. Le envié una carta cuando murió.

—Nunca recibí un correo. No nos casamos hasta dentro de un año. —Rupert ya había salido de su sorpresa—. Necesita volver a casa cuanto antes.

—¿Casa? Acabo de llegar.

—No se haga la lista conmigo, Rosalía —le replicó. Parecía estar agarrando el ritmo ahora—. ¿Y qué estás vistiendo, por Dios? Te ves como una ramera. —Para entonces sus ropas ya estaban bien puestas, incluso el collar clerical estaba en su lugar.

—Como tú las conoces bien —siseó en respuesta.

Detrás de ella, oyó a Jack acercarse al umbral lentamente. Bufó ante su comentario.

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera? No sabes nada de las necesidades de los hombres. —Rupert ahora estaba en modo ministro. Todo lo que le faltaba era su púlpito.

—Mis horizontes se están expandiendo —respondió ella secamente.

—¿Por este hombre? —inquirió Rupert, haciendo señas a Jack, quien estaba reclinado en la puerta, mirando cómo se desarrollaba la escena con gran interés—. ¿Tienes conocimiento carnal de este hombre? Tu padre debe estar revolcándose en su tumba.

—No importa mi padre. ¿No eres un hipócrita acaso? —Rosalía plantó ambas manos en su cadera. Apenas reconocía al hombre delante de ella. Nunca lo había amado, pero al menos creía respetarlo. Había creído que el hombre al que había sido prometida era un piadoso sacerdote, un crítico duro al placer en cualquier forma. El juicioso e hipócrita ante ella no era el hombre que creía conocer. Incluso si la siguiera queriendo, se negaría a casarse con él.

—No tomaré a una mujer arruinada como esposa —rugió—. Te has acostado con este sucio pirata. Nadie te querrá ahora. —Levantó la mano como si fuera a golpearla.

Rupert seguía gritándole, su rostro morado, antes de darse cuenta demasiado tarde que el enorme pirata estaba casi sobre él.

Antes de que el pequeño y astuto hombre pudiera inspirarse demasiado, Jack se empujó de la puerta y caminó resueltamente por la habitación, lanzando muebles fuera de su paso, para hacer un camino directo hasta el hombre. Agarró al bastardo patoso y delgado por la garganta y lo golpeó contra una pared; los pies del ministro colgaban a un buen tanto del suelo.

—Te disculparás con la dama. —Jack hablaba con un voz baja y aterradora. No había necesidad de gritar. Podía oler el hedor acre que probaba que el ministro ya se había orinado.

Rupert jadeó por aire.

—No puedo casarme con una mujer deshonrada. Soy un sacerdote.

—Se referirá a ella como señorita Weldon. —Jack hablaba clara y lentamente—, y se disculpará con ella. —Apretó las manos un poco más alrededor del cuello del ministro—. No lo oigo.

De hecho, Rupert sí hizo un pequeño sonido chillón cuando Jack lo sacudió y agitó el fofu cuerpo del ministro.

Rosalía colocó una mano en su brazo.

—Lo estás matando, Jack. —Estaba emocionada porque hubiera salido en su defensa, nadie había intervenido nunca durante las diatribas de su padre y sus castigos, pero no podía dejar que lo matara en su nombre—. Déjalo ir. No me hará daño.

Jack soltó al patético hombre y el ministro cayó al suelo desparramado, respirando entrecortadamente.

—Me llevaré a la señorita Weldon —le dijo Jack al vicario—. Considere su compromiso terminado.

Su pirata la tomó por la mano y se dirigió a la puerta, pero ella se soltó la mano. Le sonrió para asegurarlo, y luego caminó hasta su ex prometido con un brillo en los ojos.

Rupert la vio acercándose con una expresión recelosa, y se encogió visiblemente cuando se arrodilló junto a él en el suelo. Ella encogió el brazo y lo abofeteó con la palma abierta, dejando una muy satisfactoria marca en su mejilla.

—Eso es por todas las mujeres a las que has humillado, Rupert.

Detrás de ella, Jack estalló en carcajadas: la evidente aprobación de su venganza.

Capítulo Diez

Jack agarró su mano y la sacó de la sórdida casa pequeña y el espectáculo de su prometido desparramado sobre la alfombra. Rosalía no pudo suprimir la risita formándose en el fondo de su garganta. Ni siquiera la pudo aplastar cuando se dio cuenta de que no tenía a dónde ir ni medios para mantenerse ahora que se encontraba atrapada en el Caribe. Jack le sonrió mientras rodeaban la reja de picos y salían por la puertita frontal: sus dientes eran blancos y brillaban bajo su sensual bigote. El estómago de Rosalía se encogió al recordar el conocimiento táctil de cómo se sentía ese bigote contra su piel.

—No puedo creer que tu padre deseara que te casaras con ese mojigato inútil. —La sonrisa malvada de Jack se convirtió en una mueca—. No puedo imaginar a un hombre menos apropiado para ti, Rosa.

Rosalía no quería faltarle el respeto a su padre, incluso en la tumba, pero no podía estar más de acuerdo. Era una mujer cambiada, y no solo porque hubiera perdido su virginidad con un famoso pirata. Por primera vez, tenía control de su vida. No se iba a casar con ese “mojigato” como le decía Jack, una descripción más apropiada no se le ocurría. No tenía idea de lo que haría con su día, o que otras vueltas le esperaban, pero estaba emocionada ante la posibilidad como nunca antes.

Se paró de puntillas y lo besó de lleno en los labios.

—Gracias.

Él le envolvió la cintura con los brazos y le apretó contra él.

—¿Por qué?

—Defenderme. —Lo besó de nuevo, esta vez se quedó un poco más que antes—. Nadie ha hecho eso antes por mí. Jamás.

—Estoy a tu servicio para siempre. —Le sonrió. Él tomó su mano y siguió por la calle estrecha y sucia—. Tengo que hacer unas cuantas cosas antes de la marea de esta noche.

Rosalía consideró su propia situación. Justo ahí y en ese momento, prometió que su vida en adelante sería una aventura.

—Yo también —admitió.

Jack levantó sus manos unidas hasta los labios y le dio un beso corto en los nudillos, luego sacó un monedero de un bolsillo y le envolvió los dedos en él.

—Necesitarás ropa. No puedes caminar por ahí en ese vestido, por muy linda que te veas, eternamente.

Lo miró esperanzada.

—Esperaba ver qué otros vestidos tenías guardados que pudieran quedarme. Dijiste que había varios cofres ahí abajo.

—Lo que quieras, Rosa. —Sonrió y el placer la recorrió—. Aun así, ve a tiendas y consigue todo lo que necesites; enaguas, gorros, listones, encajes, lo que sea que quieras. —Llegaron a una intersección. La calle que llegaba era mucho más amplia y tiendas con todo tipo de mercadería se alineaban en las aceras arenosas. Jack apuntó a varios edificios parecidos—. Justo por allí encontrarás lo que necesitas. Vendré por ti en una hora para ayudarte a conseguir lo que te falte.

Se le ocurrió a Rosalía que naderías como lazos y encajes eran extravagancias tontas cuando no tenía una casa donde ponerlas, pero mientras se debatía en las sandalias de seda demasiado grandes que el grumete de Jack había encontrado para ella en la bodega, la idea le parecía menos

una indulgencia. Dado que no tenía una sola vestimenta que no proviniera del botín de bienes robados del Venganza de Neptuno, un poco de ropa interior, un corsé y una o dos blusas serían prudentes.

—¿Una hora entonces? —Rosalía apretó el montón de monedas en su puño.

—Más o menos —le respondió Jack y le besó la nariz antes de girar y dirigirse hacia el lado opuesto, lejos de las tiendas y los muelles, y hacia el centro de la ciudad. Se movía con rapidez, sus pasos largos y determinados. Miró hacia atrás y le lanzó un beso antes de dar la vuelta en la siguiente esquina y desaparecer de la vista.

Rosalía dudó otro minuto más antes de seguir por la calle y entrar a los dominios de los vendedores y costureras en un intento de reconstruir su guardarropa.

Jack odiaba dejarla sola en la ciudad, pero, por cómo estaban las cosas, no había más piratas en Nassau que la acosaran y el resto de malhechores que no había huido estaban manteniendo bajo perfil. Tenía que ir a su casita para recoger unas cuantas cosas que necesitaría si pretendía dejar esta vida libertina y volver a la decencia con Rosa. Además de oro y otros tesoros que había guardado, había papeles que necesitaría cuando volviera a Inglaterra.

Inglaterra.

Dejó salir un suspiro profundo y apresuró el paso.

Inglaterra.

El pensar en el lugar, específicamente en su hogar ancestral, amenazaba con darle urticaria. Pero su padre ya no estaba allí para mirarlo desde arriba con esa nariz patricia. El viejo ya no podía juzgarlo desde la tumba y su hermano, el nuevo conde, nunca había expresado los mismos sentimientos; ni cuando eran niños ni en las pocas cartas que había recibido de él con los años. Si bien no eran ni largas ni profundas, las cartas habían dado indicios de que su hermano sabía la verdad sobre Jack y su carrera en el mar y, aun así, Edmund le urgía que volviera a casa.

Hubiera preferido con mucho construir su vida allí en el Caribe, pero eso ya no era una posibilidad. La hermosa isla paradisíaca ya no era capaz de darle su deseado retiro de la piratería. Si quería a Rosa, y la quería, demasiado, entonces tendría que ir a casa.

Subió a una pequeña colina y salió del camino a un sendero que atravesaba un pantano cubierto de maleza. Tomando el atajo, esperaba salvar minutos valiosos de su tarea. Desde ese punto con vista privilegiada pudo ver el humo del barco incendiándose y, aunque no podía ver los cuerpos de los piratas al detalle, podía ver sus formas balanceándose de las horcas en el muelle. Aceleró el paso hasta estar trotando, el alfanje atado a su costado rebotaba contra su pierna.

Su casa apareció a la vista, la piedra sólida de las paredes irradiaba fuerza y comodidad, la cual ya no podría encontrar allí, o en ninguna parte en Nassau. Utilizó una llave pesada de acero para desasegurar la puerta y, cuando se abrió, sintió alivio al encontrar su casa tal y como la había dejado seis meses atrás. La casa estaba llena de mapas y cartas esparcidas sobre mesas gruesas de madera, y baratijas exóticas de sus viajes repartidas por todas las habitaciones. Prestó poca atención al recibidor principal tan pronto se dio cuenta que nada había sido movido. La localización de su casa no era un secreto; todos en Nassau sabían dónde podían encontrarlo y ese conocimiento común lo había preocupado. Por ventura, una vez el nuevo gobernador había comenzado a perseguir y ahorcar —lo que había limpiado el muelle—, las sabandijas que quedaron habían estado demasiado preocupados por salvar sus cuellos o volviéndose traidores para preocuparse en saquear sus cofres.

En la cocina, mover la cocina de acero fundido fue mucho más difícil solo, pero se las arregló encaramándose entre ella y la pared. Gruñendo y jurando, movió la enorme cocina varios centímetros para poder llegar a la piedra falsa en el suelo por debajo. Usando un cuchillo de

carnicero como palanca, aflojó la piedra y metió ambas manos en el agujero para sacar una abultada caja fuerte que dejó caer en el suelo con un golpe sordo.

—Gloria al cielo —murmuró Jack con alivio. La caja fuerte estaba pesada. Tenía que estarlo. Contenía todo su futuro.

Volvió por el pasillo y sacó las sábanas de la cama. Agarró las fundas de las almohadas y volvió a la cocina.

Una vez que estuvo vacía de oro, joyas y otros tesoros, Jack colocó la caja de nuevo en el agujero y acomodó la cocina como estaba. No había por qué hacer obvio a nadie que viniera buscándolo que él había estado allí.

Jack volvió a doblar las fundas de lino. El futuro de una persona era un peso considerable; más pesado de lo que había esperado. Quizás había calculado mal y debió haber llevado un carro. Bueno, ya no había tiempo para eso. Dejó las bolsas en el suelo del pasillo y volvió al cuarto. Sacó los documentos que necesitaba de un compartimiento menos seguro —pero bien escondido— en la cabecera de su cama. Añadió unas cuantas baratijas y pequeños recuerdos a sus bolsillos.

Una última mirada alrededor y estuvo listo para irse.

A recoger a Rosa y luego quedaba sin hogar.

—Fue ciertamente conveniente que recolectara tanta evidencia para mí. Siempre encuentro esa tarea mundana y tediosa.

—Mierda. —Jack no reconoció la voz, pero sabía quién era antes de girar—. Gobernador Rogers. Esperaba evitar este encuentro.

—Bueno, eso habría sido una pena. —Rogers se apoyó en la otra pierna y ajustó una muñequera de encaje con un aire de completa confianza. Probablemente era por los cinco soldados armados que estaban detrás de él que le permitían tal lujo—. Entonces no habría tenido la oportunidad de participar de la hospitalidad por la cual Nassau es tan famosa últimamente.

—Sí —asintió Jack. Las puntas de sus dedos acariciaban el mango de su alfanje—. Desafortunadamente, los alojamientos que vi en el muelle son un poco menos hospitalarios de lo que conocía.

Roger señaló la mano de Jack que estaba cerca de la funda.

—Le sugiero que no haga nada apresurado, a menos que quisiera proceder directamente de la captura a la ejecución. Aunque, a mí no me importa si lo colgamos en la ciudad o le disparamos en su propia casa.

Jack apartó su mano y la levantó a su lado, con las palmas hacia el frente. No podía darle a Rogers ninguna razón para matarlo aquí. Había mucho en juego en su vida justo ahora.

Capítulo Once

Rosalía movió los dedos de sus pies dentro de su nuevo par de medias botas de cuero. No había esperado tener tanta suerte en encontrar lo que necesitaba en la capital pirata, pero aparentemente había una industria próspera en la vestimenta femenina en Nassau. Evidentemente, la abundancia de casas de poca reputación y lujuriosos marineros buscando regalos para sus esposas y amantes permitía suficiente negocio para que existiera incluso competencia entre las sombrereras y costureras de la ciudad. Aunque, no todas las ropas eran las que esperaría en Londres. Rosalía tuvo muchos sonrojos cuando encontró la sección de “ropa pequeña” y descubrió ítems bastante más atrevidos de los que estaba acostumbrada. La propietaria de la tienda le ayudó a escoger algunas vestimentas apropiadas e incluso la convenció de añadir algo ligero y bonito a su pila de compras.

Cargada con paquetes en ambas manos, Rosalía salió a la calle principal de Nassau. Miró a lo largo de la calle, primero en una dirección y luego la otra, insegura sobre qué debía hacer ahora. Los vendedores se habían ofrecido a conseguirle un chico para que llevara sus compras a casa, pero se había negado al no tener idea de qué dirección darles. Una vez más, se preguntó por qué Jack había estado preocupado de que ella viniera a Nassau sola. Las calles estaban relativamente vacías. Unas cuantas mujeres andaban por las aceras hacia lo que parecía una tienda de comestibles, y un par de trabajadores cargaban leña y herramientas hacia el muelle. Ni siquiera había tantos niños como hubiera esperado.

Justo cuando terminaba ese pensamiento, un muchacho apareció por la esquina y derrapó para detenerse y no atropellarla por completo. Sin embargo, sus paquetes cuidadosamente envueltos cayeron al suelo cuando chocaron.

—Disculpe, señorita. —El chico se agachó y la ayudó a reunir sus bultos esparcidos en el suelo.

—No pasa nada. —Rosalía le sonrió al muchacho. No tendría más de siete u ocho. Su piel era café oscuro por el sol, su sonrisa torcida blanca—. ¿A dónde vas tan apurado?

—Atraparon a otro pirata —le dijo, y un destello de ansiedad mezclado con emoción apareció en su rostro—. Tengo que decirle al Gran Jim.

Mi señor, que no sea mi pirata.

—¿Quién?

—El Gran Jim —repitió—. El Maestro del Muelle.

—No, ¿quién es el pirata? —*Por favor, por favor, por favor.*

—Es un pez gordo esta vez. —El chico asintió de acuerdo consigo mismo—. No tan grande como si hubieran atrapado a Teach antes de que saliera corriendo, pero, aun así, más gordo que Horton o Ching.

Rosalía parpadeó varias veces en rápida sucesión mientras el chico divagaba sobre quién sabe qué pirata capturado o escapado. Agarró al chico del brazo para que se detuviera.

—¿Quién fue? —le preguntó más alto.

—El Guapo Jack —le dijo con autoridad.

—Oh por Dios. —Los dedos de Rosalía agarraron sus paquetes con más fuerza y sus rodillas se hicieron líquidas. ¿Qué haría ahora? No podía dejar que Jack muriera. Una embriagadora imagen de él, apoyado sobre su codo, con la piel bronceada en un crudo contraste contra las

sábanas blancas, sonriéndole con deseo en sus ojos parpadeó en su mente—. ¿Hace cuánto lo capturaron? ¿Dónde? ¿Lo han herido? —*Tantas preguntas...*

—Los vi arrastrándolo fuera de su casa hace unos minutos. —El chico la miraba con interés.

—¿Arrastrándolo! —exclamó Rosalía. Estaban arrastrando a su amante hacia su muerte mientras ella compraba ropa para tentarlo. Qué insoportablemente frívolo de ella.

—Por las cadenas en sus tobillos.

—Oh —gimió. El líquido que sentía en sus piernas se incrementó. Miró alrededor pero no había dónde sentarse. Necesitaba calmarse y pensar. *Piensa, Rosalía, no hay tiempo para pánico femenino*—. ¿Cuál es tu nombre?

—Amos.

—¿Quieres ayudar a Jack? —En este punto, necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir.

—Por eso estaba yendo donde Gran Jim. —Se estiró y agarró la mitad de sus bultos y señaló con la cabeza en dirección al muelle. Juntos salieron con paso rápido por la calle vacía.

—¿Qué hará el Gran Jim?

El chico levantó un hombro huesudo.

—No lo sé, pero él y el Guapo Jack son amigos.

—Me pregunto si alguien en el Venganza de Neptuno lo sabe. —Seguro que Blake y los otros vendrían a rescatarlo si superan. ¿O no? Seguramente había honor entre ladrones.

Resulta que la tripulación de Jack no lo sabía, pero el Gran Jim envió a un mensajero al barco al instante con las noticias. De la oficina del Maestro del Muelle, podía ver a toda la tripulación saliendo del barco y remando al muelle. Seguramente con tantos hombres leales, rescatarían a Jack.

Oh, por favor, por favor, por favor. El mantra se repetía bajo todos los pensamientos como el coro de uno de los himnos eclesiásticos de su padre, una súplica silenciosa y desesperada.

“Gran Jim” resultó quedarse corto. Rosalía tomó la mano del hombre más grande que hubiera visto luego de que Amos soltara la noticia alarmante del arresto de Jack.

—Soy el Gran Jim —le había dicho. ¿Grande? Era más como inmenso o colosal. Su voz resonaba en la pequeña oficina, profunda y sonora, y calmaba su pánico con una sensación de poder y capacidad.

—Rosalía Weldon —respondió ella—. Haré lo que sea para ayudar a Jack.

Gran Jim la miró con ojo apreciativo. Su examen no era lascivo, en vez de eso parecía que la estuviera tomando en cuenta y analizando cualquier habilidad que pudiera ser usada luego.

—¿Puede disparar? —le preguntó.

—No.

—¿Buena con cuchillo?

—No. —Se estremeció al pensarlo.

Gran Jim suspiró.

—¿Sabe cabalgar al menos?

Rosalía se desinfló.

—No. —Era inútil, irremediabilmente y desesperanzadoramente inútil. Si Jack moría por su completa falta de habilidades, bueno, nunca se perdonaría.

—¿Quién es exactamente? —le preguntó Gran Jim.

¿Quién era ella ahora? Claramente, una mujer sin habilidades útiles. Recitar los libros del Nuevo Testamento probablemente no iba a salvar al hombre que amaba.

—No soy nadie. Jack me salvó cuando mi barco se hundió. Venía aquí a casarme con su ministro.

Gran Jim la miró con disgusto que estaba segura significaba su completa falta de utilidad.

—¿Es la prometida del ministro? ¿Se iba a casar con ese imbécil de Merickel?

—Ya no. —Suspiró. Tenía que haber algo que pudiera hacer para ayudar.

—Bien —soltó Gran Jim—. Ese hombre realmente es un estúpido. Puedo decirlo con solo mirarla, se merece a alguien mejor que ese.

Rosalía sonrió, conmovida.

—En verdad quiero ayudar a rescatar a Jack. Me ha ayudado tanto... —No podía terminar la oración. Quería decirle al Gran Jim y sus gentiles ojos sonrientes lo mucho que Jack la había salvado y lo mucho que lo amaba, pero eso parecía tonto.

—Bueno, me ha dado una idea. —Gran Jim no tuvo la oportunidad de explicar antes de que la tripulación del Venganza de Neptuno irrumpiera por la puerta. Todos ignoraron a Rosalía mientras discutían a gritos un plan. Rosalía respiró profundo y se ordenó no perder la esperanza.

—No tema, señorita —le dijo el conremaestre con un apretón al hombro—. La tripulación del Venganza es la mejor que hay. Hemos salido de peores.

Oh, por favor, por favor, por favor.

Capítulo Doce

Rosalía se secó las manos en el vestido prestado. Aparentemente, Gran Jim tenía una esposa. Pequeña Bess, quien Rosalía no encontraba pequeña necesariamente, pero al lado de Gran Jim, todo el mundo era pequeño. Bess se había aparecido en la oficina de su esposo justo después de oír la noticia de la captura de Jack. Aparentemente, la Pequeña Bess quería a Jack tanto como su esposo, así que estaba más que dispuesta a ayudar a Rosalía a vestirse para su parte en el rescate. La tela de mantel de la camisa la deprimía. Aunque, se le ocurría que, en ese vestido de algodón simple y llano, su anterior prometido la habría encontrado perfectamente aceptable. Incluso su padre lo habría permitido. Perversamente, no quería nada más que volver a ponerse el hermoso vestido de seda lila que Jack le había encontrado, ese vestido la hacía sentir bonita y sensual y amada.

—Ahora recuerda caminar muy lento una vez que entres para que no tintinees —le dijo Pequeña Bess mientras terminaba con los botones de la espalda.

—Exacto —coincidió Gran Jim moviendo su enorme cabeza—. Eso arruinaría todo.

—Lo recordaré —prometió Rosalía. ¿Cómo podría olvidarse? Estaba medianamente aterrorizada de que si se movía muy rápido uno de los cuchillos cosidos en el dobladillo de su cintura la apuñalaría. Además, ya era bastante difícil caminar con pistolas cargadas atadas a sus muslos.

—Aquí está el libro. —Amos le pasó la única biblia que pudo encontrar en el anárquico muelle pirata.

—¿Está lista, señorita? —Blake y unos cuantos de la tripulación se quedaron en la oficina del Maestro del Muelle. Los otros se habían ido a preparar el barco o ya habían tomado sus posiciones en la ruta.

Rosalía asintió. No quería pensar mucho en su rol para el escape; la pondría nerviosa, y lo que tenía que hacer era demasiado importante para tener pánico ahora.

Amos la acompañó en su ida a la prisión. Su cháchara la calmaba incluso aunque no escuchaba sus palabras; la rítmica de su acento caribeño tranquilizaba los nervios que ella buscaba calmar.

El chico apuntó a un edificio cuadrado de piedra.

—Ahí está.

Rosalía sabía que no tenía que preocuparse de los soldados afuera de la posta, pero los diez o quince que estaban la ponían nerviosa igual. Amos caminó con ella hasta la puerta.

—Recuerde —le susurró—, estos soldados ya no estarán cuando usted y Jack salgan, así que vayan directo al barco.

Rosalía asintió erráticamente.

—Quédate conmigo. —Sus axilas estaban mojadas, y no podía culpar a la humedad caribeña. *Solo respira, Rosalía, solo respira.*

—Hola, linda. —Un soldado fue hasta su lado y caminó con ellos hasta llegar a la puerta. Era como de la edad de su padre, pero no había nada paternal en ese hombre. La forma en la que la miraba hacía que su piel se erizara—. Linda, linda dama. ¿Qué la trae a esta sucia prisión?

—Viene para el colgamiento, apuesto —dijo un soldado gordo que sudaba más de lo que Rosalía creía estar. Ignoró los comentarios crueles del hombre y se concentró en caminar, sin tintinear, hacia la empalizada.

—¿Cómo puedo ayudarla, señorita? —Parado justo dentro del umbral de la puerta, el soldado que le habló era joven y alto, y tenía más hombreras en su chaqueta que los otros. Miró desdeñosamente por sobre sus hombros a los soldados en el patio.

—Estoy aquí para atender al prisionero —dijo Rosalía con la mayor serenidad que pudo reunir bajo las circunstancias—. Espero salvar su alma antes de que apliquen su castigo. —*Salvar su alma y su hermoso pellejo.*

—Al chico lo conozco, pero no creo haberla visto antes. —El hombre entrecerró los ojos como si pudiera ver en su corazón y supiera que estaba mintiendo. *Ese es tu padre hablando. No puede ver nada.*

—Soy la señorita Weldon. La prometida del reverendo Merickel. —Solo era una mentira por las últimas horas. Había sido la prometida del reverendo más tiempo del que no lo había sido—. He ayudado muchas almas a encontrar redención antes de que se encontrarán con su final. Sin importar los crímenes del hombre, merece conocer a su creador antes de morir. —Amos se apegó al hombre a cargo.

—Déjela ir, Mayor Hansen —le dijo el viejo lascivo a su superior mientras la miraba lascivo—. Lo último que verá será una chica linda.

El joven mayor le lanzó una mirada disgustada.

—No estoy seguro de que eso sea sabio, señorita. El prisionero es un hombre peligroso y desesperado.

Rosalía sospechaba que se estaría sintiendo en verdad desesperado.

—No tengo miedo, oficial. El salvar almas a menudo es una ocupación peligrosa y desesperada. —Rosalía le mantuvo la mirada, instruyendo a sus facciones a mantenerse pasivas y benignas, esperando que ocultaran su propia desesperación dando vueltas en su estómago.

Finalmente, el Mayor Hansen asintió y se apartó para permitirle la entrada. Le tomó el codo con gentileza para escoltarla en la prisión.

—El chico debe quedarse afuera. Por su seguridad, no la dejaré entrar a la celda. Debería poder hacer su oficio en una silla a una distancia segura.

Bueno, eso no va a funcionar.

—La esperaré aquí afuera —le aseguró Amos y le apretó la mano.

El pasillo se veía excesivamente largo, y la pistola en su muslo se estaba bajando más y más por su pierna. Pronto tendría que juntar las rodillas para evitar que se estrellara contra el piso. Dieron la vuelta a una esquina oscura, y allí al final, estaba la celda de Jack. Una ventana barrada demasiado arriba en la pared, demasiado arriba para que el prisionero pudiera ver afuera y demasiado pequeña para atravesarla, le daba suficiente luz a Rosalía para ver a su pirata.

Carente de muebles, Jack estaba sentado en el suelo de su celda con la espalda contra la pared. Su cabello largo y negro colgaba sobre su rostro y pasaron varios segundos antes de que sintiera su presencia acercándose por el pasillo. Estiró una pierna en una posición relajada y apartó su cabello con una mano para revelar sangre seca en su mandíbula y cuello. Rosalía apenas aguantó un jadeo. Al menos no estaba encadenado. Sus ojos echaron fuego cuando su mirada encontró la de ella y luego se volvió taciturno e insociable de nuevo mientras miraba con furia al mayor con abierto antagonismo.

—Esta jovencita ha venido a ofrecer socorro a su alma. —El mayor colocó una silla de madera a un buen metro y medio de las barras de la celda; lejos del alcance del prisionero en caso de que deseara hacerle daño, y demasiado lejos de los habilidosos dedos de Jack para acariciarla—. Actúa como un caballero mientras se encuentra aquí. ¿He sido claro?

Jack bufó y se quedó sentado al otro lado.

—La esperaré aquí, señorita Weldon. —El Mayor Hansen le indicó una esquina sombría al otro lado de la habitación.

La frustración destelló en el rostro de Jack.

—Oh, señor, eso no funcionará. —Rosalía colocó la biblia reverencialmente en la silla de madera—. El Sr... Guapo Jack necesita privacidad para encontrarse con Dios, ¿no cree?

Las cejas del Mayor Hansen se encontraron consternadas.

—Señorita Weldon, debo insistir en quedarme, por su seguridad. Si algo le pasara, el Reverendo Merickel no estará contento.

Se sorprendería.

—Si estuviera en el lugar de este hombre —Rosalía lo señaló con un barrido de su brazo—, querría algo de privacidad.

El mayor miró de Rosalía a Jack y de vuelta, claramente no muy seguro de cómo debía continuar.

—Ummm... No lo sé. —Rosalía deseó que hiciera lo que ella dijo. El tiempo era esencial para que el plan funcionara.

—Por amor de Dios —estalló Jack, levantándose—. No la voy a lastimar. ¿Cómo diablos podría si estoy detrás de estas barras?

El Mayor Hansen lo miró fijamente antes de encarar a Rosalía.

—Estaré en mi oficina. La oíré si grita. No se acerque a los barrotes, señorita Weldon. Puede actuar como un caballero, pero es un pirata mentiroso y deshonesto que hará lo que sea para escapar, incluso utilizarla como rehén si es necesario.

Rosalía mantuvo su sonrisa victoriosa controlada.

—Por supuesto, Mayor Hansen. Seré muy cuidadosa.

Se mantuvo firme, su mano agarraba el espaldar de la silla tan fuerte que sus nudillos se hicieron blancos hasta que los pasos del Mayor Hansen desaparecieron por completo.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Estás demente? —Jack ya estaba en los barrotes con su brazo derecho extendido hacia ella cuando dio la espalda al sonido del Mayor Hansen retirándose. Sus dedos engancharon su falta y, con una risita, se dejó atraer hacia él. Entrelazaron los brazos a través de los barrotes y se las arreglaron para besarse incluso aunque el acero presionaba sus rostros.

—Soy parte del plan A —le dijo, cuando se separaron por aire.

—No deberías estar aquí —le dijo Jack antes de presionar nuevamente sus labios contra los de ella.

—¿Pero si no lo hacía cómo podrías recuperar esto? —Rosalía hizo un pequeño meneo hasta que oyó un golpe en el suelo empedrado. Con una amplia sonrisa, dio un paso al costado. La falda de su vestido se movió lo suficiente para que Jack viera el arma en el suelo.

Jack se agachó rápidamente, agarró el arma y la metió en la cinturilla de sus pantalones.

—Eres la mujer más adorable que alguna vez me ha sacado de prisión. —Jack rió; el sonido familiar la atravesó de la manera más deliciosa posible.

—Sospecho que eso no es decir mucho —bromeó Rosalía—. He visto tu tripulación. —Enfatizó su punto con un encogimiento de hombros.

—Cierto. —Asintió—. Tampoco he besado a mis cómplices en gratitud. —Le apretó la cintura.

—¡Au! Tampoco podrás con este si me apuñalas.

Jack aflojó su agarre.

—Ese comentario puede ser respondido de tantas maneras.

—No tenemos tiempo. —Rosalía metió su dedo en un agujero en la faja de su vestido y sacó un cuchillo que pasó rápidamente a través de los barrotes. Hizo lo mismo con cuatro más que estaban en el dobladillo.

—¡Santo Dios, mujer! —Jack puso los cuchillos en su bota—. ¿Qué más tienes ahí?

—Solo otra cosa más. —Sintiéndose bastante coqueta, disfrutó al ver los ojos de Jack abrirse con sorpresa cuando metió la mano en el corpiño y sacó la llave de la celda.

—¿Cómo?

—Amos.

—¿Amos está contigo? ¿Quién más? —Jack metió la llave silenciosamente en la cerradura y con deliberada lentitud, abrió la puerta lo suficiente para salir.

—Gran Jim, Pequeña Bess, Blake, y otros de la tripulación. El resto está preparando el Venganza.

Jack la apegó a sí, su cuerpo finalmente contra el suyo sin el impedimento de los barrotes entre ellos.

—No tienes nada más letal o puntiagudo allí, ¿no?

Rosalía rió de nuevo. El hombre la atolondraba. Sacudió la cabeza. Este beso fue mucho más satisfactorio.

—¿Cómo supiste encontrar a Gran Jim? —preguntó y tomó su mano. La guio hacia el pasillo, donde se pusieron de espaldas contra la pared para espiar la vuelta de la esquina.

—Amos sabía. Yo no tenía idea.

Jack rió de nuevo.

—¡Amos! ¿Y cómo conociste a Amos?

—Por accidente, te lo aseguro.

—Tendrás que contarme todo después. Luego que te haya dado tu recompensa. —Cuando la miró lujuriosamente y elevó las cejas sugestivamente, la afectó de una manera completamente diferente que cuando los repulsivos soldados hacían lo mismo.

—¿Lo prometes?

Jack bufó y luego la aplastó contra la pared en un breve, pero devastador beso.

—Habrías sido una terrible esposa de ministro, mi exuberante Rosa.

Rosalía sabía que la felicidad debía ser evidente en su rostro. Cuánto amaba a este hombre, este pirata, su pirata.

—¿Cuál es la señal?

—Gran Jim dijo que lo sabríamos cuando lo oyéramos. —Justo entonces, el rugir de un disparo de cañón sonó afuera.

—Ahí va. —Jack sacó la cabeza de la esquina—. Vamos.

La emoción le atravesó el cuerpo. Rosalía nunca había estado tan eufórica. No se podía ver en ninguna parte al Mayor Hansen cuando alcanzaron la oficina exterior. Humo gris entraba por las ventanas y podía ver las llamas de un edificio incendiándose a través de las puertas abiertas.

—¡Hicieron explotar los almacenes de pólvora! —se carcajeó Jack.

Afuera, las llamas eran tan altas que algunas de las palmeras se habían incendiado también. Otra explosión hizo temblar el complejo, lanzando escombros por doquier. Estaba segura de haber gritado, pero el rugir del fuego y los hombres gritando la ahogaron por completo. Jack la alejó del caos, con el brazo sobre su cabeza para protegerla de los efectos.

—¡Aquí! ¡Por aquí! —Amos apareció sentado en una mula y sosteniendo las riendas de un caballo. Atado a la silla de un semental estaban dos bolsas blancas.

—Buen hombre. —Jack palmeó al chico sonriente en la espalda. Rosalía sabía que el chico debía sentirse muy orgulloso de sí mismo.

Ella le dio un beso en la mejilla.

—¿Te estás divirtiendo?

—Como nunca. —La sonrisa de Amos era épica. Rosalía asintió de acuerdo.

Jack balanceó una pierna sobre la silla y la acomodó detrás de él. Amos los seguía cuando Jack apuró a su semental a un galope.

Rosalía se maravilló de que el escape hubiera ido tan bien. No estaba segura de qué había esperado, pero con seguridad más pelea de los soldados.

—Agárrate, Rosa —le dijo Jack por sobre su hombro—. Aquí vienen.

Una mirada atrás le confirmó que una falange de soldados se había unido a la persecución con el Mayor Hansen en la delantera. Amos escapó y se dirigió a una calle lateral, pero Jack mantuvo el curso por la calle principal de la ciudad. En la cima de una colina, Rosalía pudo ver el muelle. El Venganza parecía listo para zarpar en un instante.

Un disparo zumbó sobre sus cabezas, luego otro.

—Apresúrate, Jack, se acercan.

—Ya casi —le contestó—. Agacha la cabeza, cariño.

Estaban lo suficientemente cerca del muelle como para oler el agua. Pero los soldados también estaban lo suficientemente cerca para oír la respiración fatigada de sus caballos. Otro disparo les daría con certeza. Rosalía cerró los ojos y apretó la espalda de Jack, sus dedos entrelazados en su pecho.

Jack tiró las riendas y las pezuñas del caballo derraparon en los adoquines. Ella aulló, pensando que su corta carrera como cómplice de una fuga había terminado. Con la cabeza contra su espalda, sintió más que oyó la risa de Jack, el retumbar profundo vibrando en su cuerpo.

—Te amo, Jim —gritó Jack y levantó su brazo en saludo.

Rosalía se arriesgó a levantar la cabeza para mirar detrás. Enormes carros cargados con barriles y cajas atravesaban la calle cortando la persecución de los soldados. Gran Jim hizo un asentimiento sutil en su dirección antes de desviar su atención a los conductores de los carros. Todo el griterío de direcciones y caballos corcoveando creaba una escena de caos total que Gran Jim se las arregló para hacer más caótica incluso.

Para cuando los caballos pasaron sobre las maderas del muelle, Rosalía supo que eran libres. Amos apareció trotando unos segundos después y el resto de la tripulación en tierra del Venganza ya los estaban esperando con los botes. Sin perder el tiempo, Jack los llevó apresuradamente de vuelta al barco; Amos incluido.

Solo que no era el Venganza de Neptuno el que se balanceaba en la bahía donde la habían dejado. Rosalía miró y vio un barco distinto en su lugar, la Rosa del Mar, con la bandera Unión Jack.

—¿Rosa del Mar? —le preguntó.

Su pirata le sonrió, un brillo malicioso en sus ojos y una sonrisa rebelde en sus labios.

—El capitán la nombró en honor a su amante.

Ella lo miró inquisitivamente.

—El tiempo ha llegado, dulce Rosa. El mundo está cambiando y yo con él. Es hora de que vuelva a casa.

—¿Qué hay en casa que no tengas aquí? Pensé que esta era tu vida. —Una pequeña chispa se encendió en su pecho y alumbró con esperanza.

—La respetabilidad es mi hogar, en Inglaterra —le dijo en el esquiñe que los llevaba de vuelta al barco—. Voy a necesitar ser respetable cuando llegue.

—¿Por qué? ¿Temes lo que tu padre dirá? —le preguntó luego de que los marineros la subieran al columpio hechizo en la cubierta.

—Mi padre está muerto. Mi hermano es el conde ahora y no me importa un comino lo que piensa —le dijo cortante—. Necesito respetabilidad para mi esposa y mis hijos.

—¿Entonces hay una esposa e hijos esperándote en Inglaterra? —El destello de esperanza murió.

Él la miró y sacudió la cabeza cuando dio el orden de partir, y la cubierta entró en un borrón de actividad. Jack la llevó a su camarote.

—¿Te vas a casar entonces? —Una risita estalló en su garganta, la confianza y la esperanza crecieron de nuevo.

—Si mi Rosa del mar me acepta. —Jack cerró la puerta de su camarote y corrió el seguro. La risita se escapó cuando él se arrodilló en frente de ella—. Señorita Weldon, Rosalía, tengo un nombre que aún es bueno y más dinero que Midas. Y, te doy mi corazón.

Lo puso de pie y le respondió con un largo y dulce beso.

—Si tu nombre no es Jack, ¿entonces cuál es?

El pirata hizo una profunda reverencia ante ella.

—Honorable John Wallingham, hermano del Conde de Harrington.

—Entonces, John —ronroneó a su nuevo prometido—. ¿Quieres jugar cartas? Todavía tengo muchas preguntas.

Él elevó una ceja.

—Estoy bastante seguro de que no voy a querer responder muchas preguntas —bromeó.

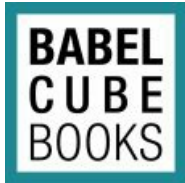
—Qué mal —le respondió, desanudando los lazos de su camisa—, porque jugaremos con las Reglas Piratas.

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com